

MANUEL JOSÉ PÉREZ

**ENSAYOS MORALES, POLÍTICOS Y
LITERARIOS**

**Panamá tipografía de M. de R. de la Torre e Hijos
1888**

PROLOGO.

Ha querido el señor Manuel José Pérez, dándome nueva prueba de una amistad que tengo en alto aprecio, que yo escriba el prólogo del interesante libro en que ha juntado sus estudios morales, políticos y literarios, y composiciones poéticas de indisputable mérito. He accedido de buena voluntad á deseo que tanto me honra, aún cuando sé bien que no reúno las aptitudes que dán autoridad en materias literarias, porque la obra del señor Pérez se recomienda por sí misma, y sin duda alcanzará el aplauso de cuantos sean capaces de juzgarla con acierto, y miren los triunfos ajenos con generosa alegría.

Pueblo de muy estimables condiciones intelectuales es el pueblo istmeño. De su seno han salido legisladores de la talla de Justo Arosemena; jurisconsultos tan profundos como José Arosemena, de quien dijo Ricardo de la Parra que era “el hombre de más talento que había conocido en su vida”; oradores tan elocuentes como Obaldía y Manuel Morro; escritores tan notables

como Colunje ; filólogos tan distinguidos como Ramón Pérez ; y poetas tan dulces como Tomás Martín Feuillet ; aquel bardo del dolor á quien sedujo la gloria radiante de Julio Arboleda, y fué á caer, á los golpes de turba ciega, bajo banderas que no eran símbolo de la causa de su corazón.

¿Cómo puede, pues, explicarse que no sean hoy muy numerosos, entre nosotros, hombres eminentes en las ciencias morales y políticas, en la jurisprudencia y en la literatura ? ¿Será forzoso explicar el hecho, que es notorio, admitiendo que hemos experimentado humillante degeneración ? Pienso que no. Son otras, á mi juicio, las causas de una situación que miran con patriótica tristeza cuantos desean el progreso y la gloria del pueblo á quien le tocó en suerte habitar esta faja privilegiada del planeta ; vivir bajo la mirada de los otros pueblos, y presenciar el continuo desfile de todas las razas y de todas las civilizaciones.

Si se estudia la marcha moral del Istmo de Panamá en los últimos treinta y ocho años, se hallarán, sin grandes esfuerzos, las causas de un eclipse cuyo término ha de ser para todos los istmeños punto de honra. Hemos descuidado lastimosamente objeto de primordial importancia,—la educación de la juventud,—y hemos perdido casi por completo varias generaciones. Tuvinos hasta 1849 en esta ciudad un Colegio provincial que, aunque con visible deficiencia, daba satisfacción á las necesidades intelectuales del Istmo. En ese establecimiento comenzaron

sus estudios, y adquirieron amor por las ciencias y por las letras, los únicos hombres que entre nosotros se han distinguido en el último cuarto de siglo.

La inmigración anglo-sajona de 1849 despertó en los panameños, que se hallaban entonces en estado de pobreza suma, ardiente espíritu de especulación, que estoy lejos de condenar. Ese espíritu, estimulado por el derecho de propiedad sobre el fruto del trabajo, es la gran fuerza á que debe el género humano victorias que puede invocar con legítimo orgullo. Cayó, como por encanto, sobre nuestro suelo, copiosa lluvia de oro, y el desierto se convirtió en oasis, y había que apagar sed abrasadora y antigua ----

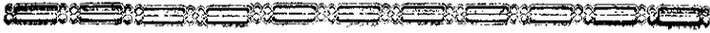
Pero, por desgracia, ese espíritu predominó, y fueron por completo desatendidas necesidades de orden muy elevado, cuya oportuna y atinada satisfacción asegura á los pueblos la noble vida de la dignidad, del derecho y del honor. Porque, para que sea fecundo, el progreso ha de ser general y paralelo: si se le dá sólo determinada dirección, creará necesariamente cuerpo deforme y enfermiso, condenado á la muerte. Satisfacer al propio tiempo, con asiduidad igual, las necesidades populares de todo orden, es indispensable para llevar á todo el organismo social sávia rica y generosa, y producir un estado que ofrezca las manifestaciones de la salud, de la armonía y de la civilización:

Ese producto que se llama *progreso*, es el resultado de labor muy variada: haz que forman

ramas de diverso origen y de distinta naturaleza, caudal reunido por muchos obreros, empeñados en común propósito. No bastará para alcanzarlo, crear la riqueza, cultivando la tierra; transformar los productos que ésta rinda, para darles nuevas aplicaciones, y llevarlos á donde no los dé el suelo, ó no los proporcione la industria; porque es también esencial, para obtener ese fin, estudiar los hechos, su índole y alcance, determinar sus causas, para ensanchar los límites, nunca definitivos, del saber humano; y no desdeñar el cultivo de las letras, que ofrece laureles limpios y gloria purísima; goces no acibarados por la pena del remordimiento.

La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las artes y las letras ofrecen campo vasto á la actividad humana. En ese campo, tan variado, los hombres la ejercitan conforme á sus dotes, sus medios, sus inclinaciones y sus aptitudes. El hierro es arado y es pluma, riel y espada; el viento es aura, que juguetea con las flores, y huracán que derriba las encinas; la luz es calor que vivifica, y fuego que abrasa; las aguas son arroyo murmurante y límpido, y océano rugiente y pavoroso. Así, el hombre es pastor que guía el rebaño, obrero que golpea el yunque, estadista que prevee y gobierna, guerrero que conquista, sabio que investiga, artista que anima el lienzo y la piedra, y poeta que canta la naturaleza y sus maravillas, el genio y sus triunfos, sus afectos, sus alegrías y sus dolores.

He aprovechado la oportunidad que me ha



ESTUDIOS MORALES*

EL HOMBRE.

Ha dicho un célebre escritor, que al principio de los tiempos, la humanidad era, por decirlo así, un gran feto que la tierra virtualmente llevaba en sus entrañas: que los diversos trastornos físicos eran como los signos de ese gran embarazo; y que todas las apariciones orgánicas sucesivas, anteriores á nuestra existencia, no fueron sino los diversos escalones por donde la vida tenía que subir desde la materia bruta hasta el hombre, siendo éste en todo caso el último término de la Creación á la luz de la ciencia. Esta teoría, deducida de la que explica la formación sucesiva de los mundos siderales, atribuyendo al enfriamiento gradual del planeta que habitamos, la aparición de una serie indefinida de seres orgánicos cuyo objeto no podía ser otro sino el de preparar y sostener la vida del hombre, no se opondrá absolutamente á la intervención divina en la creación de cuanto existe. Antes bien, es una prueba de la voluntad soberana de Aquél que todo lo produjo y lo rige, disponiendo el desenvolvimiento de fenómenos preparatorios, hasta la aparición en el escenario universal, de su obra más admirable:—el hombre.

Hémos aquí en presencia de este sér l.º definido aún perfectamente, porque es indefinible. Rey del planeta en que lo ha colocado el Gran Artífice del Universo, y hecho á su semejanza por la chispa divina que encierra su envoltorio mortal, es sin embargo, un conjunto de contradicciones inexplicables.

(*) Los artículos que con este título se publican, son simples bosquejos, debidos á la meditación y el estudio á ratos perdidos: su autor, á la vez que reclama la indulgencia á que se cree acreedor por su intención, desea que no se le atribuyan pretensiones que no tiene. Ojalá que personas de indisputable competencia, que por fortuna, no escasean entre nosotros, quisieran ocupar sus oídos con producciones de este género, que si es árduo y desabrido para la mayor parte de los lectores, presenta un vasto campo á la imaginación para ejercer el sagrado ministerio de instruir y moralizar los pueblos.

El alma, esencia imperecedera, rige sus acciones, y el cuerpo, tierra condenada á volver á la tierra, obedece al más bello de los atributos de aquélla,—la voluntad.—La voluntad es un poder, es una fuerza, que aplicándose al bien ó al mal, da frutos de bendición ó espantosos é infernales resultados. Para dirigir esa fuerza, superior en intensidad á cuantas existen, bien por obra de la naturaleza ó por la perseverante creación de la inteligencia humana, tenemos la razón,—el criterio; es decir, juicio y discernimiento para distinguir entre el bien y el mal, entre lo racional y lo absurdo. Voluntad é inteligencia—dos atributos ó potencias del alma que hacen al hombre soberano del mundo: dos fuerzas irresistibles á las cuales se deben, así como los grandes y trascendentales descubrimientos en las ciencias y en las artes, así también las transformaciones y catástrofes que se observan en el mundo moral, y también en el social y político. Del desequilibrio de esos poderes, nacen las aberraciones que se notan en los individuos y aun en las naciones; y de ahí esas conmociones violentas que agitan al hombre considerado individual ó colectivamente.

Los escépticos niegan el origen divino del hombre, y materializándolo todo, han llegado á definirlo como Littré: “un animal mamífero de la familia de los bímanos, caracterizado taxonómicamente por una piel de vello ó pelo raro”; y para explicar las diferencias existentes entre los individuos con respecto á la inteligencia, atribuyen el pensamiento á la fuerza de la masa encefálica de cada uno; así es que Moleschott define la facultad de pensar, como “el movimiento de la materia”; y Vogt dice. “que es el producto del cerebro, así como la bilis es del hígado, y la orina de los riñones,”—sin tener en cuenta, que la bilis y la orina son productos materiales, cuyo origen ha sido explicado satisfactoriamente por la ciencia; y que el pensamiento, producto inmaterial y por lo tanto invisible, no puede ser efecto sino de una causa invisible también é inmaterial.

Y siguiendo estas indagaciones de los sabios, las facultades del alma han sido definidas por un sistema análogo, atribuyendo á la materia hasta las aspiraciones más nobles, que elevándonos sobre las miserias de la tierra, en alas de la esperanza á la región de lo infinito, son pruebas palpitantes de nuestra esencia inmortal. Así, el mismo Littré dice, que “el amor es un conjunto de fenómenos cerebrales”; y Chamfort lo define: “el canje de dos fantasías, y el contacto de dos epidérmis.” La fidelidad, dice otro, “es la virtud de algunos animales”; y la fé, “enfermedad del cerebro, indicio cierto de locura,” ¿A qué citar más?

En apoyo de esta filosofía materialista, hay aún en nuestros días, hombres que han conquistado celebridad por su talento, quienes, sea por placer ó por sistema, se empeñan en deprimir en sus escritos, la especie á que pertenecemos. Oigamos á Villergas. "En los diferentes individuos de la especie humana, se encuentran esparcidos y elevados al mayor grado de que son susceptibles todos los instintos y todos los caracteres que distinguen entre sí las diferentes especies de animales. Entre los hombres se encuentra el tipo del cordeiro y el del lobo, el de la gacela y el de la pantera, el de la tortuga y el de la ardilla: cada hombre es simbolo por sus caracteres intelectuales ó morales, de una especie animal. No por otra razón, sobre la anatomía comparada, estableció el doctor Gall su ingenioso sistema. Sólo por la figura se distinguen ciertos hombres de ciertos animales, y ésto, si no se comparan frenológicamente, en cuyo caso, la diferencia no es tan notable como á primera vista parece. Si algunos hombres fuesen aves, serían buitres; si fuesen cuadrúpedos, serían tigres; si fuesen peces, serían tiburones; si fuesen reptiles, serían boas; ó lo que es lo mismo, si el buitre, el tigre, el tiburón ó la boa fuesen hombres, serían fulano ó mengaño, con tal que en la transformación ó metamorfosis, no humanizasen más que su físico." Doctrina desconsoladora, que con la de Darwin se da muy estrechamente la mano, y que no ha podido deducirla su autor sino de un imperfecto estudio del hombre, bien sea observando á éste en un estado anormal, ó bien fallando sobre la regla general, por escepciones desgraciadas que no pueden menos de existir, atendidas las flaquezas de la naturaleza humana.

En resumen, en todos los tiempos ha saboreado el hombre el triste placer de rebajarse al nivel de los irracionales. En balde el amor á lo bello y el sentimiento de lo infinito, así como sus aspiraciones á sobrevivirse, protestan contra el materialismo que por término final tiene la nada: en vano sus deseos de immortalizarse, immortalizando sus obras, prueban la esencia inmaterial de su origen;—siempre se alzan altares á la materia, cual los revolucionarios del 93 á la diosa Razón. Tendencia tan manifiesta sería inexplicable, si no la atribuyéramos á la ambición humana por descubrir los misterios del Universo, y al despecho que ocasiona la impotencia de conseguirlo: ambición y despecho que no pueden provenir sino del alma, y que por fortuna, los sabios aún no se han ocupado de definir como el producto de la sangre, ó de la medula espinal, por ejemplo.

No ha faltado quien diga, sin admitir la versión de la Biblia ni la opinión de los materialistas que siguen la doctrina

de Littré, que “el hombre llegó á la tierra después de largas peregrinaciones por los otros planetas, habiendo vivido en la luna, antes de venir á este mundo.” Pero este tal, no parece haber tenido las menores nociones de nuestro sistema planetario. La Astronomía nos enseña, de acuerdo con la Física, que la vida del hombre, tal como existe en la tierra, no podría conservarse en los otros planetas, en los cuales no hay atmósfera respirable. Si en la luna ó en otros cuerpos de los que pueblan el espacio, hay habitantes, éstos tienen que ser indefectiblemente de distinta naturaleza á la nuestra. De modo que esta teoría tan absurda no podría sostenerse, sino demostrando que el hombre ha sufrido transformaciones sucesivas en sus emigraciones planetarias.

Pero ya basta de tan quiméricas teorías. Expliquen, si pueden, sus autores, por el movimiento de la materia, ó como producto de algunas vísceras del cuerpo humano, los adelantos hechos en las ciencias y en las artes, el mejoramiento del mundo moral, el progreso en todas sus acepciones, esa tendencia á lo desconocido, ese deseo de celebridad que nos aguijonea, esa sed inextinguible de perpetuar nuestra memoria en las generaciones venideras. Y esa celebridad, según un escritor contemporáneo, lo mismo la buscaba Alejandro al conquistar el Asia, que Diógenes rechazando la sombra de Alejandro. Por diversos caminos se procura, pues, llegar al mismo fin; y si en vida nos seduce y embriaga el ruido de la fama, más, mucho más, nos preocupamos de imponer nuestro recuerdo á los que están por venir.

Que el hombre es un conjunto de aberraciones, es de todo punto cierto; pero no es admisible la teoría de que, por regla general, tenga, si cabe, más desarrollados los instintos de algunos animales. Sólo en los puramente físicos, como el hambre, la sed, por ejemplo, existe una relación inmediata entre el hombre y los irracionales; pero no así cuando se trata de los sentimientos afectivos, llamados también sentimientos del corazón, los cuales comprenden todos los actos psicológicos que hasta cierto punto independientes del entendimiento, nos separan, si así puede decirse, de la materia. Pero los instintos pueden ser exagerados, y en este caso se convierten en pasiones, las cuales, como lo indica bien su etimología, nos hacen padecer. La educación moral que tiende á vivificar el alma y la llama al juicio de nuestras acciones, es la que los regula, trazando los límites en que han de estrecharse para que no sufran un desvío.

Si hay hombres que en un momento de furor son capaces de verter á torrentes la sangre humana, y de llorar luégo con

ternura al lado de la cuna de un niño : si otros en aras de un amor ideal han sacrificado su propia existencia, ó en la intensidad de su pasión han sacrificado al mismo ídolo que se la inspirara : si hay seres desgraciados en medio de la opulencia, que quizás envidian la medianía, la miseria misma del desvalido, quien á su vez acusa á la Providencia de su desamparo y sufrimientos ; y si acontecen desgracias inmensas y se cometen crímenes horribles, fenómenos són del alma, que exacerbando sus facultades más nóbles, degeneran en pasiones impetuosas como los huracanes. Pero aún en los extraños de la humanidad se encuentra la prueba más resplandeciente de la inmortalidad del alma. El hombre, y sólo el hombre goza de conciencia : es el único de los seres creados que tiene el triste, pero saludable privilegio del remordimiento. La conciencia, principalmente, es la línea divisoria que separará eternamente al hombre de los irracionales, la cual no podrá ser nunca invalidada por éstos, pues si con respecto al entendimiento la diferencia está en la mayor extensión de que son susceptibles en el hombre las facultades intelectuales, con respecto á la conciencia, la diferencia no versa sobre un grado mayor ó menor, sino que está fundada sobre la esencia de la naturaleza humana.

Mas, no consideremos al hombre en situaciones excepcionales. Veámosle en la plenitud de sus facultades, en el goce de todas sus prerrogativas, mecido por las ilusiones de la esperanza, fortalecido por la fe, inspirado por la caridad. Sus pensamientos serán fuentes inagotables de progreso : sus deseos brotarán de su corazón en raudales bienhechores para la humanidad. Y por lo mismo que es imposible la perfección en la práctica, considerémosle, en sus sueños, en sus ilusiones, cuando en alas de la imaginación se ensancha el horizonte de sus aspiraciones y descubre panoramas encantados, especie de oasis ideales en donde el alma se reposa desprendida del vaso terrenal. Entonces, en la calma perfecta del espíritu, en la beatitud de una conciencia limpia y del deber cumplido, bien puede esperarse tranquilo al Angel del silencio.

Atrás ! filósofos materialistas, que diseccionando el cuerpo humano buscáis en cada una de sus fibras, aun en las palpitaciones de la carne, la razón de vuestras opiniones. Atrás los que tan poco os estimáis, que os colocáis voluntariamente al nivel de los irracionales ! Y si aun admitiendo vuestras increíbles teorías, el término del hombre fuere la nada, desdichados de vosotros, que para mitigar los dolores de la vida, ni siquiera tenéis por consueño la esperanza.

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA.

PRIMERA PARTE.

La Ciencia con sus maravillosos descubrimientos, parece como que quisiera oponerse á los dogmas de la Religión, investigando el origen de fenómenos reputados como sobrenaturales. Si alguno hubiera realizado, siquiera un siglo apenas atrás, el más insignificante de los inventos hoy familiares entre nosotros, la obra del estudio, de la perseverancia y del ingenio habría sido considerada como invención diabólica, y el inventor, condenado á purificarse en las llamas de la temida Inquisición, siempre anhelante de víctimas. Pero si la superstición y el fanatismo pueden recelar la luz sobre los misterios del Universo que estén al alcance de la Ciencia, no sucede así con la Religión, que tiene por base la verdad, y por misión iluminar el Mundo. La Ciencia descubre las causas de los efectos que vemos y palpamos, sin oponerse á admitir la existencia del Sér Superior, que es la causa de todas las causas; y la aparición y desaparición de los fenómenos físicos y morales aunque sujetas á leyes invariables y eternas, no dejan de ser por eso, obedientes á un destino providencial.

Los sistemas filosóficos, que son, según Fray Vicente Solano, "como los fuegos artificiales, que brillan, divierten y al fin dejan á oscuras," y muy particularmente el pirrónico, por lo mismo que ponen en duda, cuando no niegan, la existencia de la Divinidad, no pueden admitir su participación en los sucesos de la tierra, fundándose en las explicaciones de la Ciencia. Pero no advierten que ésta investiga el origen de lo que existe y de los fenómenos consiguientes, que no pueden sustraerse á su imperio; pero que no podrá probar jamás que siguen su curso libres y aislados en el Universo, sin formar parte integrante del Gran Todo, sujeto á una sola dirección. Así, por ejemplo, el rayo y el trueno, fenómenos físicos cuyas causas conocemos, sin ser materialmente la voz y la cólera del cielo, como se suponía aún en no muy remotas edades, sí pueden ser y son, agentes sumisos de la Providencia.

Si la Religión está basada en el misterio, dóbese, no á ella, no á sus santas instituciones, sino á lo pequeño y limitado de nuestro alcance. El espíritu humano busca, investiga, descubre, porque está en su esencia el deseo de saber; pero llega á un límite que no puede salvar, su impotencia le irrita, y en su demencia, perdiendo la esperanza de pasar mas

allá, duda de todo, hasta de sí mismo; y de la duda, pasa á la absoluta negación. Así pues, no es de extrañarse que el ateísmo cunda y se propague en proporción á los adelantos adquiridos por la Ciencia. Cada paso que ésta da, hace creer al orgullo humano que esta próximo el descubrimiento final; esto es, el día en que, revelándonos la inteligencia la gran armonía del Universo en todos sus detalles, poniendo á nuestro alcance el árbol de la ciencia absoluta, podamos gustar de la fruta vedada, y en la embriaguez del triunfo, trastornar también las leyes eternas.

El Universo ha sido comparado con una máquina y también con un árbol: esta última comparación nos parece la más exacta. Una máquina es un organismo cuya vida ficticia, si así puede llamarse el movimiento que se le imprima, tiene una dirección interior y exterior visible, mientras que un árbol es seguramente un organismo con vida propia, y cuya dirección es interna y por lo tanto invisible; así como el orden y la energía del Universo le son inherentes, ejerciendo la expresión de la ley fija, lo que un sabio inglés ha llamado un "relojero poderoso." Y ese relojero poderoso, denomínesele como se quiera, Dios ó Naturaleza, Providencia ó Acaso, pues sería ocioso disputar sobre nombres, no puede ser otro, sino el Poder invisible y creador, inconmensurable y eterno.

Pero no es nuestro propósito la demostración de la existencia de Dios. Niéguenlo en buena hora, los que se resisten á ver la luz del Sol: los que no hallan en su alma armonías sublimes para cantar sus alabanzas, en consonancia con el coro que la naturaleza entera le eleva agradecida, así en la voz de los torrentes como en el suave murmullo del arroyo; en los trinos del ruiseñor en la enramada, y en los rugidos del león en el desierto. Lo que pretendemos es demostrar, que no se excluyen la Ciencia y la Religión, así como el conocimiento que llega á tenerse del mecanismo de un reloj, no amengua lo maravilloso de su precisión. Y entiéndase, que por Religión no queremos decir la observancia de ciertas doctrinas ó prácticas de devoción, sino la virtud moral con que adoramos al Sér Supremo: ese sentimiento íntimo, esa aspiración inefable de nuestra alma, que, digan lo que quieran los filósofos materialistas, nos induce á buscar nuestro origen fuera de nosotros mismos y de la estrecha órbita de nuestras facultades.

Si es cierto que todo progreso social en su desenvolvimiento y desarrollo está regido por dos esfuerzos desiguales y opuestos, y que ningún adelanto puede aplicarse al bene-

ficio de la sociedad, sin que oprima á alguna parte de ella, no es de extrañarse que cada nuevo descubrimiento traiga consigo una nueva duda religiosa: duda que se disipa como desaparece el error al contacto de la verdad, porque el espíritu religioso ha de ser la base de las sociedades, y todo adelanto en el sentido de éstas, no es sino la confirmación de lo existente; esto es, el descubrimiento de lo que está oculto á la mirada de los hombres, como el oro en las entrañas de la tierra.

Un escritor notable pinta el progreso intelectual como rítmico. Representa el conocimiento, en un momento dado, como rodeado de una barrera que marca su límite, y amontonando gradualmente, claridad y fuerza, llega la hora en que un pensador de excepcional potencia, rompe la barrera y gana un círculo mayor, dentro del cual el pensamiento se atrincheira una vez más. Pero una vez más también se acumula una fuerza nueva dentro de la barrera, y al caer ésta á impulsos de otro pensador infatigable, el espíritu se encuentra rodeado de un horizonte más vasto todavía. Y así sucesivamente; deduciéndose de aquí, que el conocimiento se esparce por victorias intermitentes, en lugar de progresar de una manera uniforme.

Véase en esta bellísima descripción el procedimiento natural ó inevitable de los descubrimientos científicos. Las teorías parece como que flotarían primero en el aire como los rumores, sin tener expresión definida; y la práctica es la que con frecuencia pronuncia el fallo de una doctrina, aunque muchas veces se acepte la verdad de algunas, ántes que la demostración teórica diga si es verdad ó error. Así, por ejemplo, cuando por primera vez se trató del movimiento perpétuo, fué desechado éste ántes de probarse que estaba en oposición á la ley natural.

Pero en la Religión no hay teorías ni sistemas, sino máximas morales, y hechos que hay que admitir por su propia evidencia, ó misterios que debemos aceptar y creer sin comprenderlos, atribuyendo, como ya se ha dicho, nuestra ignorancia á nuestra pequeñez. En el Cristianismo, por ejemplo, los milagros incomprensibles á la inteligencia humana, pues que trastornan las leyes de la naturaleza, no son misterios sino hechos que se explican por la Omnipotencia de quien los hizo. La resurrección de Lázaro después de sepultado, digan lo que quieran Renán, sus predecesores y secuaces, que atribuyen á un síncope su muerte, es un hecho comprobado por testimonios fehacientes, según consta en los libros sagrados, y en las brillantes refutaciones que han provocado las doctrinas del apóstata; pero no por esto deja de

ser contrario á las leyes naturales; y la Ciencia se rebela y protesta, no admitiendo cosa alguna que se oponga á sus teorías y demostraciones. Y sin embargo, aunque hoy no se practiquen milagros por no ser ya necesarios, segun Augusto Nicolás, todas las maravillas descubiertas y por descubrirse, no son ni podrán ser otra cosa, sino milagros debidos á la inteligencia, que á menos de admitir el absurdo que ésta provenga del movimiento de la materia, y todavía más, aun admitiéndolo, tiene que ser considerada como agente del Hacedor del Universo. Pero no todos los descubrimientos son debidos á los investigaciones de la Ciencia: muchos son espontáneos, ó se deben á lo que el excéptico llama casualidad, y el creyente, Providencia.

Mas, el espíritu de revolución de que parecen animadas las sociedades modernas, quiere separar por completo la Ciencia de la Religión, procurando el aniquilamiento de ésta por aquella; y si siguiera en progresión creciente la tendencia que combatimos, y nos trasportáramos en idea al futuro, quizás veríamos, ó que la Ciencia logra su objeto, sumiendo en un caos á las sociedades; ó lo que es de desearse para la salvación de éstas, se alía de un todo con la Religión, impulsando al mundo por el camino del progreso, y buscando en lo posible, lo que más se acerque á la perfección tanto en lo moral como en lo físico; porque lo repetimos, no se excluyen la Ciencia y la Religión. Aquella explica los fenómenos que ésta tiene admitidos bajo su dominio con anterioridad, sin que deban atribuírsele las aberraciones fanáticas de que han sido víctimas las sociedades en todos los tiempos. A la luz de la Ciencia, las nubes se disipan, los horizontes se despejan, y el hombre, libre de preocupaciones y de supersticiosas influencias, puede divisar con júbilo el nuevo mundo prometido á su fe y á su esperanza.

Aunque la Ciencia no ha dicho aún su última palabra, á pesar del grado de ilustración á que hemos llegado, el veredicto de la posteridad al comparar la Ciencia de nuestro tiempo con la Ciencia de los siglos pasados, habrá de sernos indudablemente muy favorable; y es lógico, que en razón á las leyes del progreso, reconocerá que no se encuentran en la historia de la Ciencia, pruebas más altas de conquista intelectual que las adquiridas en el presente siglo.

Pero son cosas distintas la Ciencia y la virtud; pues la primera procede del entendimiento que subordinado á los instintos físicos sólo aspira á la explotación de la sociedad por el individuo, ó sea al individualismo; mientras que la segunda procede del alma, cuyos arranques han producido héroes y mártires; y sin esos arranques, no habría lo que

se llama el amor á Dios y á la humanidad, fuente inagotable de todas las acciones generosas. Mas, seamos justos y tengamos la franqueza de confesar, que nuestro siglo, apellidado por nuestra vanidad, el siglo de las luces, quizás será conocido en los tiempos venideros con el distintivo de *impío*; pues en época como la nuestra en que se hace alarde de escepticismo; cuando se niega lo que no se comprende, y cuando la moral no se acata, no pueden fundarse sociedades virtuosas, teniendo por sistema la negación de todo, y el desprecio por las enseñanzas religiosas que hacen producir y arraigarse en el corazón del hombre el sentimiento de la virtud.

Esperemos, sin embargo, que habrá una reacción en favor de los sentimientos religiosos de los pueblos, y que los futuros descubrimientos de la Ciencia serán considerados como la continuación de verdades latentes, prontas á brillar en todo su esplendor el contacto de la inteligencia. Esperemos que el hombre, definido por el alemán Liechtenberg, "animal inquieto que busca las causas, en quien los hechos excitan una especie de hambre de conocer las fuentes de que emanan," satisfará sus aspiraciones por medio de la Ciencia en lo que sea humanamente posible, sometiénndose con humildad ante los arcanos impenetrables del Universo, y aceptando como disposición divina los sorprendentes resultados de las investigaciones científicas, sin pretender deducir de ellos consecuencia que extraviando su razón, anegan su alma en un mar de duda y de tinieblas: mar sin horizontes, combatido incesantemente por los huracanes, y sin la esperanza de un puerto donde refugiarse, como en un asilo de paz, después de las tempestades.

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

SEGUNDA PARTE.

Hace algún tiempo publicamos con este mismo título un artículo en *La Bandera Nacional*, periódico que se editaba á la sazón en esta ciudad. Sus Redactores lo acogieron galantemente, precediéndolo, sin embargo, de un largo preámbulo como disculpa por admitirlo en sus columnas, atribuyendo, sin motivo alguno justificable, las tendencias en él contenidas, al deseo de suscitar cuestiones religiosas, ó por lo ménos, á la pretensión de que prevaleciera la Religión católica en la República, como sistema de Gobierno, y á la intolerancia en materia de creencias.

Como era natural, replicamos benévolutamente á los señores Redactores; pero nuestra réplica, por causas que ignoramos, no vió la luz pública, aunque nos aseguraron que había sido llevada á la mesa de la Redacción.

Ningún esfuerzo tuvimos que hacer, para contestar victoriosamente á cargos que revelaban que no se había prestado mucha atención á nuestras ideas ó que se las interpretaba mal.

Decían los señores Redactores, que en ese escrito se impugnaba la libertad de cultos, como contraria al catolicismo; que el credo liberal sancionaba el derecho de adorar á Dios como á bien lo tuvieran los asociados; y que la acción del Gobierno debía hacerse sentir únicamente, para proteger la profesión libre, pública ó privada de todos los cultos &c., y concluían manifestando: "que aunque estaban de acuerdo con nosotros en algunos puntos, no lo estaban en cuanto á la fe, la revelación y los milagros, porque en esas cuestiones eran partidarios de la Ciencia, y se guiaban por lo que les sugería su propia razón."

Extrañeza y grande nos causó esta tirada tan fuera de propósito, y puesto que se apelaba á la razón, á esta pobre razón humana tan propensa al extravío, releímos detenidamente nuestro artículo para ver si inconscientemente habíamos cometido los pecados que se nos atribuían; y nos convencimos de que, lógicamente al menos, no podían deducirse esas conclusiones de las premisas en él sentadas. Caritativamente, atribuimos el hecho á error de apreciación, aunque

dada la situación política de la República por aquellos tiempos, (1878) bien hubiera podido ocurrirnos otra cosa.

En nuestro citado artículo, que no es imposible vuelva á ver la luz pública en colección con otros sobre el mismo tema uno de estos días, solamente nos propusimos demostrar, que no había incompatibilidad entre la Ciencia y la Religión, sino que antes bien se hermanaban, si se sabía y quería hacerlo. No nos referíamos tampoco á ninguna Religión determinada, sino á la Religión en general, y decíamos: "Pero si la superstición y el fanatismo pueden recelar la luz sobre los misterios del Universo que estén al alcance de la Ciencia, no sucede así con la Religión que tiene por base la verdad, y por misión, iluminar el mundo"; luego condenábamos la falsa Religión, como condenamos la falsa Ciencia; y definiendo la Religión, decíamos: "que por ella no queríamos decir la observancia de ciertas doctrinas ó prácticas de devoción, sino la virtud moral con que adoramos al Sér Supremo." Y tratándose de la Ciencia, decíamos también: "Á la luz de la Ciencia, las nubes se disipan, los horizontes se despejan, y el hombre, libre de preocupaciones y de supersticiosas influencias, puede divisar con júbilo el nuevo mundo prometido á su fe y á su esperanza."

Dicho artículo, tildado en nuestra propia Patria, y por quienes debían conocernos bien, de intolerante y retrógrado, fué sin embargo reproducido espontáneamente en *La Opinión Nacional*, de Carácas, *La Patria*, de Lima, y otros periódicos de las Repúblicas del Centro y del Sur.

Peró nuestra réplica, que como dejamos dicho se quedó inédita en la Redacción de *La Bandera Nacional*, no tendría hoy el mismo objeto. Los tiempos cambian, y si por una parte se observa el incremento del mal, por otra, es halagadora la perspectiva de las armas que se aprestan para combatirlo, sin distinción de partidos políticos, por todos los hombres de buena voluntad y de rectos principios.

Testigos de ello, entre otros muchos síntomas, son dos brillantes escritos que publica *El Porvenir*, de Cartagena, cuya lectura ha despertado en nuestra alma las anteriores reminiscencias. Titúlense: *La Sanción moral* y "Entendámonos," obras ambas al parecer de la misma mano, y decididamente, de mano liberal.

Vamos á complacernos extractando de ellos algunas citas, que corroboran nuestras ideas emitidas hace tiempo, honrándonos nosotros con tal identidad de apreciaciones.

Esos artículos son verdaderas joyas de alto precio, tomados en conjunto, pues sólo una que otra salvedad tendríamos que hacerles, á nuestro humilde juicio.

“No hay error más craso que el antagonismo que algunos suponen entre la Religión y la Ciencia”, es una de sus frases, que tiene todo el valor de una sentencia, porque así es la verdad.

“No hay para un país más horrible abatimiento que la depresión moral,” es otra; y sería una insensatez pretender probar lo que es un axioma.

“El principio de las democracias es la virtud, ha dicho Montesquieu, mientras que el del despotismo es el terror” y ¿podría existir la virtud sin sentimientos religiosos, de donde se deriva?

Citase también á Littré, materialista puro, como un tipo de corrección moral completa; pero á este hombre le faltaba algo al morir, y “su pavor ni zozobra, con serenidad estoica, imprimió un ósculo ferviente en la efígie de Cristo.” Ese ósculo, fué complemento de la corrección moral de Littré, pues significaba todo aquello de que él carecía: Fe y Esperanza en lo infinito y eterno, basadas en el amor y la gratitud al Redentor de la humanidad.

Y refiriéndose al mismo Littré, dice el autor de la “Sancción moral,” que admite solamente como excepción la posibilidad de altísimos sentimientos morales sin definidas creencias religiosas. “El fanatismo, dice, no es la Religión, sino su extravío, como la demagogia no es la libertad; pero entre la Religión y la moral hay lazo indisoluble.” Y esta cita es el resumen de la índole y tendencias de nuestro artículo “La Religión y la Ciencia,” ya citado.

Ahora bien, prescindamos del exclusivismo, que ha querido atribuirsenos por la Religión católica, á la cual pertenecemos; y concédasenos que abcgamos por la *fe religiosa*, sin pedir que se ciña á determinadas prácticas y doctrinas.

Contemplemos lo que pasa actualmente en Bogotá, en la culta capital de Colombia. Jóvenes imberbes se insurreccionan contra toda moral religiosa, contra toda fe y creencia, y proclaman el absurdo por toda regla de conducta. Miembros de Colegios de buena fama hasta ahora, desconocen la autoridad de sus superiores, fundan periódicos subversivos de la moral, ensalzando el materialismo más desconsolador, adornado con las más escandalosas teorías, en medio de un farrago de ineptias. ¿De quién la culpa? Se dice que el Rector de uno de esos Colegios es un *espíritu fuerte, un libre pensador*, y ha inculcado en sus discípulos sus doctrinas. Con razón le han enrostrado: “que sembró vientos y es justo que coseche ahora tempestades.”

Con el pretexto de que no se debe atentar á la libertad de creencias, no se enseña ni practica ninguna en los Cole-

gios y Escuelas nacionales ; esto es, se da á los jóvenes el alimbarado brebaje del libertinaje en materia de Religión, y como es más fácil vivir sin restricciones y la pendiente es suave, sin sentirlo se precipitan en el abismo de la depresión moral, sin freno para sus pasiones desbordadas.

Y si no se cultiva ninguna creencia, ¿no es verdad que se irá á parar en el ateísmo? Aun la ilustrada Inglaterra rechaza de sus parlamentos á los ateos, á la vez que admite y protege á los de todas las Religiones y sectas. Y no debe ser de otro modo si se considera, que la negación de toda fe religiosa, prueba por lo general, la carencia de sentimientos elevados y generosos, que son los que deben abrigar los legisladores y directores de las sociedades.

Si no se quiere que los hijos sigan la Religión de sus padres, ¿qué se pretende? ¿Será que por ignorancia, abjuren de ella, y dejar por toda guía en tan importante asunto, á inteligencias aún no del todo desarrolladas, lo que llaman el *libre examen*?

Dice uno de los artículos de *El Porvenir*, ya citados: "En los jóvenes principalmente, la ausencia de fe religiosa hace muchos estragos morales. Algunos de los que se encuentran en ese caso, que hemos podido tratar de cerca, nos han horripilado, á la verdad, por su carencia de generosas emociones. Son como los frutos que prematuramente el gusano carcome." Y nosotros damos también por nuestras propias observaciones, testimonio de esta verdad. Flojos los lazos de la Religión y la moral, todo vínculo se relaja, y se pierde todo respeto, toda noción del bien. Las ideas se confunden lastimosamente, y la conciencia no tiene misión que llenar en esos cadáveres morales, y huye espantada de organismos en donde ha cesado su benéfico influjo.

Lejos de abogar nosotros por el exclusivismo religioso, abogamos por la tolerancia más limitada en materia de creencias, pues para el catolicismo, salvedad hecha del fanatismo y supersticiones que no son Religión, será un triunfo la comparación de sus doctrinas con las de las demás.

Y este es el caso de decir, que si al Partido Conservador se le tacha de retrógrado en materia de Religión, es porque la mayoría de sus miembros es católica, como si el catolicismo estuviera reñido con el progreso y la libertad bien entendidos, y sin embargo, bien pueden profesar sus doctrinas políticas, hombres e todas las creencias, si tienen por precepto, la libertad en consorcio estrecho con el orden.

"El desarrollo moral incesante que trae consigo la civilización verdadera, dice el citado artículo, que es obra insepa-

rable del sentimiento religioso, porque de otra modo despierta apetitos funestos, incontenibles y destructores"; y ¿qué otro freno para esos apetitos funestos, sino la moral, y cómo se adquiere y conserva en el corazón humano sin la fe religiosa?

En Colombia, la descomposición moral avanza á pasos agigantados á un fin que desconsuela hondamente. Si este es progreso, es el progreso del mal; pues la libertad no es ni puede ser el trastorno de la verdad, el envilecimiento del espíritu; ni puede contribuir á la degradación de la especie humana.

Si pensar así es ser retrógrado, nosotros nos gloriamos de serlo, y no cambiaríamos ni un ardite de nuestros principios y opiniones, por los pomposos manifiestos y doctrinas disociadoras de pretendidos filósofos corruptores del corazón humano, y que no son otra cosa, que abortos de cabezas y corazones atrofiados por el indiferentismo moral, por la perversión del espíritu.

Libertad de creencias, enhorabuena; y que sea absoluta, sin limitación de ninguna especie si se quiere; pero *fe religiosa*, imprescindible para la sociedad; porque lleva en sí el sentimiento de lo bueno, y es la base de la virtud.

Sociedad sin religión no puede existir: sin cimientos, ¿cómo construir un edificio?

Pero vamos ya á concluir. Mientras que el Gobernador de Cundinamarca con su Decreto de honores á Rojas Garrido, ha dado, según *El Conservador*, un bofetón al pueblo cristiano que le ha confiado sus destinos, lo que según el mismo periódico equivale á decir: "El ateísmo y el materialismo son las doctrinas oficiales del Gobierno de Cundinamarca y á la propagación de tales enseñanzas en las escuelas y colegios oficiales consagrará sus esfuerzos;" y cuando también el "Senado de Plenipotenciarios se declara discípulo del maestro del ateísmo" es consolador, decimos nosotros, encontrar en uno de los artículos de *El Porvenir*, ya citado, las siguientes líneas que valen un tesoro:

"Si el liberalismo está en razón inversa de la fe religiosa y en razón directa del materialismo, nos declaramos fuera de la comunión, porque preferimos ascender á descender: aproximarnos al ángel y alejarnos del gorila."

Idéntica cosa digimos nosotros en la segunda parte de nuestro artículo "Fenómenos morales", publicados en *El Precursor*, en Enero de 1882. Hé aquí nuestras palabras:

"Hay tanta diferencia entre condenar el *materialismo* con sus sofismas y sus falsas doctrinas, y ser contrario al pro-

greso material con todos sus beneficios, como la que existe entre la teoría de aquel acerca del origen del hombre, y lo que á ese respecto nos enseña la Religión; esto es, entre descender de un orangután, según Darwin, ó haber sido formado por Dios, á su imagen y semejanza..... Por nuestra parte preferimos lo segundo, aun cuando no fuera mas, que por lo que dice Selgas: "partiendo el hombre del mono, no hay dificultad en convenir en que puede llegar á ser ganzo "

Ponemos punto por ahora, con las siguientes citas tomadas de los mismos artículos :

"La razón y la experiencia nos vedan esperar que la moral nacional pueda mantenerse con exclusión de los principios religiosos, dijo Washington.

"Por mucho amor que tengamos á la libertad religiosa no nos hallamos dispuestos á que se deje á la Religión sin funcionarios que la enseñen y sin autoridad que la gobierne," decía el Conde de Chatterbuy, discípulo del sensualista Locke, y muy dado á la burla volteriana.

FENÓMENOS MORALES

PRIMERA PARTE.

Hay cosas que serían increíbles si no fuera indispensable rendirse ante la evidencia;—fenómenos morales que no pueden explicarse satisfactoriamente sino admitiendo como elemento principal, constitutivo de las sociedades, las teorías utilitaristas de Bentham.

Si la base de la civilización de que blasonamos es la utilidad propia sin respetos ni miramientos hacia la equidad y la justicia, ¿en dónde está el decantado progreso moral de los pueblos?—¿Es acaso la idea del *Yo*, la más alta expresión del perfeccionamiento de la humanidad, ó deberá creerse que ésta degenera en la misma proporción en que avanza la inteligencia á un porvenir desconocido, penetrando los secretos preciosos que guarda en su seno la Naturaleza, y que los siglos pasados llamaban *misterios*? En una palabra, ¿será que el progreso moral está en razón inversa del progreso material?

En nuestras sociedades hay una lucha continúa y tenaz entre el corazón y la cabeza. El pensamiento quiero avasallarlo todo: el cálculo, frío como el acero, triunfa por lo general, de las más nobles inspiraciones del alma; es la aritmética luchando con la poesía; el hierro que taladra montañas en pugna con la delicada flor que se mece lánguidamente sobre su esbelto tallo, á los besos del céfiro. Por una parte, los números, rígidos é indiferentes como los cadáveres, implacables como la justicia eterna, ó más que ella, pues son incapaces de misericordia; y por la otra, la Fe, la Esperanza, la Caridad, el Amor, la Bondad, con su cortejo de ilusiones, sonrisas, suspiros, sollozos y lágrimas. Todo lo que se palpa, se pesa ó aquilata de un lado; y del otro, todo lo que se siente, lo invisible é impalpable, el alma con todas sus ternuras, la aspiración al infinito con todas sus promesas.

Y es el materialismo el que impera en el seno de nuestras sociedades, matando el germen del bien en el corazón de los hombres, quizás desde ántes de llegar á la adolescencia!

“Pero hay lógica, se dice, en semejante procedimiento; pues si la vida es corta y el placer es fugaz, tratemos de huir

del dolor, y para conseguirlo, matemos esa víscera llamada el CORAZÓN, que es el receptáculo del sentimiento. Si algún latido importuno se le escapa ante un suceso desgraciado, si alguna de sus fibras trata de vibrar á impulsos de la ternura, ¡oh! seámos inflexibles; que enmudezca ó se rompa ante la utilidad y el interés. Gocemos cuanto podamos y rechacemos sin piedad escrúpulos, imaginarios; y como lo material es lo único positivo, ocupémonos exclusivamente de los medios que satisfacen nuestros deseos; y por consiguiente, atrás la conciencia, atrás la dignidad, la virtud, el honor. Palabras buenas, quimeras creadas para amargar el placer, invenciones de espíritus pusilánimes allá en los tiempos del oscurantismo. El hierro, el vapor, la electricidad, etc, son los elementos del progreso verdadero; ellos simbolizan, materializándolo todo, la civilización del siglo. ¿Qué importan todas las utopías de los filósofos y moralistas y las elucubraciones de los poetas; qué la misma moral, ante la perspectiva del progreso material talvez ilimitado?.....

El mundo marcha ó mejor, la humanidad progresa, sin que pueda predecirse el término de su carrera, y es probable que no páre jamás. Los descubrimientos que cada día nos asombran, son apenas los precursores de otros más sorprendentes; pero las ventajas materiales parecen ejercer perniciososa influencia sobre los sentimientos más puros y nobles, y en progresión creciente, aflojándose más y más, ó rompiéndose los lazos de unión que aún subsisten entre los hombres, desquiciada la sociedad, la fuerza bruta sobreponiéndose á la fuerza moral, es posible que volvamos á los tiempos de la barbarie, y pasando por una série de horrores, renovándose las terribles escenas de aquellas luctuosas épocas, la humanidad torne á nueva vida, purificada y redimida otra vez por la expiación y el sacrificio. Y no podrá ser de otro modo, si se considera el trastorno completo que existe en la moral de los pueblos.

Desde que el patriotismo es una descarada mentira, ambición desenfrenada de honores y riquezas: si el amor es una mercancía, celebrándose á su amparo, contratos asquerosos que tienen por base diferentes clases de ambiciones: cuando de la virtud se duda ó se niega en lo absoluto, y sólo se cree en la conveniencia; desde que la gratitud no es fruto de estos tiempos, y por lo tanto á nada obliga, cuando no sucede que un beneficio engendra ódios y rivalidades; si el remordimiento no existe, porque se procura cohonestar todo procedimiento, buscando un paliativo, una disculpa cualquiera para toda acción indigna; cuando la caridad no tiene cabida en el corazón del hombre, todo ocupado por el egoísmo; cuando

no se mira al cielo en busca de consuelos y esperanzas, sino que con el pensamiento, solamente se trata de penetrar la tierra para descubrir tesoros que puedan satisfacer la vanidad; y desde que, en fin, el talento se prostituye empleándolo como instrumento del mal, y se aguza el ingenio nó para producir obras inmortales en las artes y las ciencias, sino para derramar en la sociedad el veneno corrosivo de las malas ideas, corrompiéndolo todo, y llevando el alma de dudas y tempestades, oh! entóncees, ¿qué deberá esperarse si está perdido por completo el sentido moral?

Las tinieblas reemplazarán á la luz, y para la regeneración de la Humanidad, será preciso pasar por una série de catástrofes, que así como las tempestades físicas depuran la atmósfera con su hálito de fuego, así aqu llas consumirán los miásmas putrefactos que infestan las sociedades.

FENÓMENOS MORALES.

SEGUNDA PARTE.

Mi anterior artículo publicado en *El Precursor*, número 181, con este mismo título, ha motivado una observación de parte de un amigo mío, quien con una solicitud que estimo en mucho, me manifestó el temor de que sean mal interpretados mis conceptos y se me atribuyan ideas retrógradas en consonancia con las que predominaban en los siglos pasados; y agrega: “el retraimiento en que te place vivir, parece que te hace ver la humanidad al través de un prisma sombrío.”

En todo lo que existe hay un equilibrio perfecto en el estado normal: sin él, tenemos en lo físico, tempestades, terremotos, inundaciones, etc.; y en lo moral, la perversión de las ideas, la exacerbación de los sentimientos, que es lo que se llama *pasiones*, el estragamiento del gusto por lo bello y lo verdadero, que según la gráfica expresión de un escritor contemporáneo, "es la fusión espléndida, generadora del bien;" y los pueblos, que no son más que aglomeraciones de individuos, se hallan también sujetos á esa ley inmutable y eterna. Si el hombre es un compuesto de espíritu y materia; si la supremacía de que hace alarde sobre todo lo creado, se funda en aquél, abstracción hecha, si así se quiere, de su origen divino, ¿cómo no extrañar el culto que á ésta se rinde, con exclusión casi completa de cuanto puede mejorar ó acorear á la perfección el fluido misterioso que llamamos *alma*? Si las ideas de Vogt, Moleschott, Littré y otros filósofos materialistas, son hoy las más aceptables á las sociedades, y se reconoce como un hecho incontestable que el pensamiento es únicamente "producto del cerebro," como la bilis del hígado y la orina de los riñones, aún así, no puedo comprenderse la falta de cultivo de esa potencia generadora, sin la cual, la materia inerte yacería en perpetuo estancamiento ó se corrompería inevitablemente.

Si lo que existe en nuestro sér, dentro del envoltorio material, que es lo que nos infunde ideas, sentimientos, deseos, es producto de una ó más vísceras de nuestro organismo, ó si es el soplo de Dios, con el cual se sirvió ungir la frente de su criatura predilecta, son cuestiones de otro orden. No faltan teólogos que sostengan lo último, en oposición á los filósofos, acérrimos partidarios de lo primero; y dejando á ellos la discusión de tan delicado asunto, bueno es sin embargo consignar, que ya agita la mente de grandes pensadores, la idea de oponer algún dique poderoso á las perniciosas teorías del materialismo tanto religioso como filosófico.

El pensamiento de buscar en lo posible, el equilibrio entre lo moral y lo material, no es ni puede ser una prueba de abrigar ideas en contra del progreso. Por el contrario, no solo implica el deseo de conservar lo existente, sino también, el de avanzar siempre hácia ese fin desconocido é incomprendible, al cual, por disposición superior, se dirige la humanidad.

Negar que hoy solamente ambicionamos la posesión de riquezas materiales, porque ellas son consideradas por la generalidad como el supremo bien de la tierra, sería negar la evidencia. ¿Qué educación es la que hoy se procura para la juventud? ¿Qué aplicación tiene ésta, y qué porvenir se la espera? ¿No es cierto que las tendencias de los tiempos ac-

tuales son más hácia la materia que hácia el espíritu? Fíjese la atención nada más que en lo que pasa entre nosotros, y si no es desconsolador el espectáculo para los que no todo lo reducen á números, y que anhelan para los pueblos, á la vez que el bienestar que da el trabajo honrado, la elevación de propósitos y la pureza de sentimientos, consiento en que se diga que recargo de sombras el cuadro.

No hace mucho tiempo aún, que un periódico de esta ciudad, al tratar de la educación en Colombia, se expresaba de esta manera: "Pueblo que permanece á oscuras; que no alimenta su inteligencia y su corazón, camina hácia la decadencia. En sus industrias es rudimentario; tiene delante el derecho y no lo conoce; el deber, y no le concede legítimo acatamiento. De aquí surge la facilidad de los trastornos; nace esa propensión de convertir las pasiones en violencias; los deseos y hasta los errores, en intranquilidad y en lucha. Propagando *los buenos principios y los buenos conocimientos*, el orden y el trabajo se desarrollan, la riqueza se extiende, la civilización avanza; *los ímpetus de muerte se hacen esfuerzos de vida.*" Yo he subrayado lo que tiene relación con el tema de que me ocupo, y como se vé, tengo por socio en mis ideas calificadas de retrógradas, nada ménos que al periódico que se precia con justicia, de ser uno de los más liberales y progresistas de América: *La Estrella de Panamá*... ..

Cousin reconoce en la humanidad tres edades, y las clasifica por tres épocas: 1ª, la idea de lo infinito; 2ª, la idea de lo finito; y 3ª, la idea de lo finito y de lo infinito.

¿Estaremos en la época segunda que representa la juventud, ó habremos llegado ya á la tercera que corresponde á la edad madura de la humanidad? Quién sabe!

Pero sea como fuere, en la historia hay ejemplos de catástrofes que han revolucionado por completo las sociedades que levantaban altares á la materia sobre las ruinas del espíritu, y sería larga y cansada, por bien conocida, la relación de su decadencia y ruina. Se llega por ese camino es verdad, á un grado de esplendor aparente que deslumbra y aturde: ofuscan los fulgores que despide tanta magnificencia, y el vértigo se apodera de cabezas vacías y de corazones corrompidos.

Más, por utópico que pueda parecer el pensamiento que trato de desarrollar, ¿cómo deducir de él mi aversión al progreso? ¿Cómo, porque cedo á los impulsos de ideas que considero aceptables, podrá inferirse que soy partidario de las ideas retrógradas de los siglos pasados?

Nó, yo no soy ni puedo ser adverso al progreso: soy partidario entusiasta, de la luz que penetra, iluminando, los más profundos antros de la ignorancia, y purifica con su benéfico

influjo las aspiraciones del alma: del murmurante arroyo, cuyas linfas fertilizan la campiña, y del caudaloso río que sirve de vehículo á los agentes del progreso y de la civilización; del pensamiento sereno, que, forzando á la naturaleza, descubre los preciosos secretos que encierra en su seno, aplicándolos en provecho de la humanidad. Venga en buen hora el progreso en todas sus benéficas manifestaciones: progreso material, no en forma de los monumentos levantados por los Faraones á su soberbia, y que en más de cuarenta siglos han respetado el tiempo y las supersticiones. Esas moles gigantes, símbolos del orgullo, podrán ser destruidas por las edades, ó sepultadas en montañas de arena á impulsos del Simoón. Que venga el progreso material á estrechar pueblos distantes en fraternal abrazo, llevando á todos los ámbitos de la tierra la semilla del bien, y sus obras subsistirán eternamente, ó tanto como subsistan los pueblos, porque está en su interés el conservar y fortificar los lazos de unión á que deben su prosperidad; pero venga también el progreso moral, que mantiene vivo en el alma, el sentimiento de lo bueno, de lo bello y de lo justo.....

¡ Habré logrado convencer á mi amigo, y á los que con él piensan, de que no soy enemigo del progreso material, y de que no participo de las ideas de la edad media? No puedo saberlo todavía, aunque lo espero con confianza. Quizás haya conseguido tan sólo un cambio de calificativo, y en vez de *retrogrado* se me llame *soñador*. Si así fuere, tendré el consuelo de pensar, que muchas grandes realidades han sido primero entrevistas en sueños, y que es dulce y saludable soñar con el bien, ya que no pueda realizarse.

Para concluir, permítaseme esta observación.

Hay tanta diferencia entre condenar el *materialismo* con sus sofismas y falsas doctrinas, y ser contrario al *progreso material* con todos sus beneficios, como la que existe entre la teoría de aquél acerca del origen del hombre, y lo que á ese respecto nos enseña la Religión; esto es, entre descender de un orangután, según Darwin, ó haber sido formados por Dios, á su imagen y semejanza.

Hay filósofos que se empeñan en probar lo primero, gozándose en rebajar la humanidad, como se gozaba Diógenes, titulado filósofo de la antigüedad, y que hoy sería huésped de un manicomio, en todo lo cínico y soez. Por mi parte prefiero lo segundo, aun cuando no fuera más que por lo que dice Selgas: "Partiendo el hombre del mono, no hay dificultad en convenir en que puede llegar á ser gauzo."

Hé aquí mi profesión de fé en el asunto en que vengo ocupándome, y pongo punto final en este ya demasiado extenso artículo. Soy entusiasta por todo lo que se relaciona con el bien de los pueblos, moral y físicamente; pero soy enemigo declarado del progreso del mal en todas sus formas y manifestaciones.

IDEAS PERDIDAS.

Si por sociedad entendemos una asociación de individuos conocedores de sus deberes y derechos, la educación de esos individuos es lo que forma indudablemente la base de esa sociedad. Mas no queremos hablar de la educación, tal como se entiende generalmente, como el arte de hacer monadas y cortesías con más ó menos gracia, sino la educación que ilustra el espíritu y da miembros útiles á la patria, que la honren y engrandezcan.

El motivo primordial del atraso de nuestras poblaciones, débese sin duda alguna, á la defectuosa educación que nos legaron los españoles, y que con una perseverancia digna de mejor causa, hemos seguido casi al pié de la letra, sin hacer las reformas é innovaciones que exigen imperiosamente los adelantos y las necesidades de la época. Si bien es verdad que en Colombia se han eliminado las trabas que establecía el llamado *plan de estudios*, cortando el vuelo á la inteligencia, también lo es, que esa medida ha surtido sólamente á medias sus efectos; y si bien se examina, ha llegado en cierto modo á ser perjudicial. Enhorabuena que no se obligue al joven inteligente y estudioso á seguir el paso del perezoso y rudo:—que no se corten las alas al águila y se la fuerce á marchar á la par de la tortuga; pero, ¿de qué sirve que en más ó menos tiempo adquiera un joven en las aulas, nociones elementales de multitud de cosas, sin haber profundizado ninguna? ¿Habrá acaso un solo joven educado en nuestros colegios que no tenga nociones de Astronomía, de Química, de Física etc.? ¿Y cuántos habrá que hayan hecho profesión de alguna de estas ciencias, y perfeccionádose en ellas? Quizás hay algunos, pero bien pequeño será el número comparado con la masa de la población. Y es, que en nuestros colegios y escuelas no se procura dar á los niños una educación práctica, bien sea en las ciencias como en las artes, aunque por lo que hace á estas últimas, no tenemos planteles de enseñanza.

Los españoles consideraban el trabajo como degradante, é indigna de un hidalgo toda ocupación lucrativa: los oficios mecánicos estaban destinados exclusivamente para los pecheros; y á propósito, he oído referir el cuentecillo siguiente, que

si non e vero e bene trovato. Al pasar un individuo por uno de los conventos de Madrid, en los cuales se solía ó suele dar la sopa á los pobres, en señalados días de la semana, vió á un joven de buena y robusta presencia que estaba esperando su turno para que le despacharan.—“¿Cómo! le dice. U. tan joven y tan robusto, se vé reducido á esta extremidad! ¿por qué no trabaja?—Trabajar yo! le contestó. U. ignora que desciendo de los Médicis, y un Médicis no debe trabajar.”

Hé aquí pintado el carácter español de hace algún tiempo, aunque hoy es ya muy diferente. Sin embargo, ellos sembraron esa semilla entre nosotros y está dando sus frutos:

En nuestras repúblicas, pues no es sólo en Colombia, todos quoremos ser literatos, abogados, médicos ó comerciantes, sin consultar nuestras aptitudes y sin consagrarnos exclusivamente, en caso de tenerlas, á aquella de esas profesiones para la cual sintamos inclinación. Hay más, no basta la inclinación para creer que tenemos la inspiración y el genio necesarios para sobresalir en ellas, pues todo el mundo no puede solazarse leyendo las obras de Chateaubriand, Espronceda, Victor Hugo y Lamartine, instruirse con los alegatos de Chaiz d'Est-Ange y de Dupin, y admirar las prodigiosas curaciones de Ricord, Trousseau y Nelaton: pero ay! cómo imitarlos siquiera?

El genio, esa chispa maravillosa que hace de algunos hombres una especie de faros que alumbran la humanidad, es un dón del cielo que á muy pocos se les concede, y que ningún esfuerzo humano es capaz de conquistar.

Así pues, ni el abogado, ni el literato, ni el médico, ni el comerciante que verdaderamente no son más que medianías, no sólo no podrán adquirir celebridad, sino que con sus diplomas y todo, están en inminente riesgo de morir de hambre. Por lo que hace al comercio, bien sabido es que se necesita un carácter especial, y capitales difíciles siempre de conseguir, para adquirir un puesto elevado en esta carrera y sostenerse en él. Pero admitiendo lo que es innegable, que entre nosotros no faltan quienes posean profundos conocimientos en algunos de los ramos expresados, no es todavía la América el teatro conveniente para esa clase de profesionales. Entre nosotros, un literato tiene que regalar sus obras y contentarse con aplausos por toda récompensa, y así relativamente respecto á los demás. Y ¿qué remedio? se preguntará. Pues en mi humilde sentir no hay otro, sino una educación práctica, aun forzosa si fuere posible, tanto para el hijo del potentado como del jornalero. La creación de una escuela de artes y oficios en donde los niños aprendan aquel arte ú oficio para el cual tengan inclinación, la

cual debería ser bien estudiada por sus profesores y maestros. Si no estoy equivocado, existe una ley del Estado, con ese fin; pero se ha quedado escrita, sepultada en los archivos, para ser pasto de la polilla, y el que quiere aprender un oficio, no tiene más remedio que ocurrir al taller de un artesano, en donde el niño viene á ser un sirviente del maestro, brutal á veces, y por lo general, descuidado. Allí aprende algo prácticamente, sin rudimentos teóricos de ninguna clase, y se espone á corromperse con los compañeros de taller, por la absoluta libertad de que disfruta, y por la falta de respeto que sólo impone la escuela.

La diferencia que se nota entre los pueblos de las razas latina y sajona, se debe, á no dudarlo, al diferente sistema de educación. Horacio Greely y George Bennet, comenzaron de simples cajistas en una imprenta, y, al morir, han legado á sus herederos su ejemplo que imitar, y una colosal fortuna, representada por dos de los principales diarios de Nueva York, *La Tribuna* y *El Herald*; y han muerto honrados por todos, sirviéndoles como de pedestal para su gloria, su humilde profesión al principio de su carrera. Y hombres medidos en doradas cunas, han legado en el curso de su vida á situaciones tales, que la profesión ó el arte que aprendieron y que descuidaron en épocas prósperas, ha venido á ser la tabla de salvación en su naufragio.

Así pues, si existe vigente la ley, sobre la creación de una escuela de artes y oficios, llévese á cabo ese benéfico pensamiento de algún bien intencionado legislador. Todo padre de familia que ansie por el bien de sus hijos, y que esté exento de rancias preocupaciones, se hará un deber de educar sus niños de acuerdo con las ideas del siglo, sin que por esto sufra lo esclarecido de su linage, ni sea un obstáculo para presentarse en la buena sociedad.

El trabajo honra al individuo, acreciendo el bienestar de la familia y de la patria. La ociosidad enerva las facultades del hombre, lo predispone al vicio y aun al crimen, y lleva siempre por cortejo, en lo moral como en lo físico,—de zolación y ruinas.

IDEAS SOBRE LA EDUCACIÓN.

[Dedicado á los Directores generales de Instrucción pública Nacional y del Estado, señores Manuel José Hurtado y José Antonio Sosa A.]

La ley del progreso es, si así puede llamarse, la ley de la humanidad; y el sér moral y libre, llamado propiamente "átomo pensador," siguiendo esa tendencia inevitable, no puede dar expansión á su naturaleza, sin la educación, esto es, sin el ejercicio de las facultades que ha recibido en herencia. Tan necesaria es al hombre la educación, como el rocío á las plantas, como el beso de las auras matinales al broche de las flores. Con razón se ha dicho que ella es el riego de la inteligencia. En resumen, la educación es al hombre, lo que al artista el trozo de mármol que guarda la estátua, y que, al fuego de su genio, recibe, si es permitido decirlo, animación y vida.

El hombre puede ser educado física, moral ó intelectualmente. Como la educación física sólo tiene por objeto vigorizar el cuerpo, nos concretaremos á las otras dos, cuya tendencia es, descubrir los tesoros del alma, perfeccionarlos y darles dirección fija. Sin estas dos educaciones, el hombre sujeto á sus instintos puramente físicos, todo lo reduciría á su triste personalidad: se privaría voluntariamente de la sávia nutritiva que ha de darle vigor, y como la rama arrancada del tronco, se secaría y perecería en su soledad y abandono; mientras que los instintos sociales le sacan del aislamiento en que le encierra el egoísmo, y le hacen buscar fuera de sí, comunicación y simpatías. Mas, para despertar y cultivar esos instintos sociales, es indispensable la educación; pues así como en el mundo físico, el cambio de productos por el comercio, es lo que hace la prosperidad y vida material de las naciones, ó igualmente el cambio de afectos y de sentimientos, es lo que forma la vida moral y asegura la felicidad del individuo, y por consiguiente de las sociedades; así también, el

cambio de pensamientos por medio de la palabra escrita y hablada, es lo que pone en movimiento al progreso de la inteligencia.

La educación, mejorando el individuo, mejora la especie ó sea, la gran familia humana. ¿Qué sería del hombre entregado á sí mismo, y conservando lo que una falsa filosofía ha llamado la simplicidad de la naturaleza? Todos los tesoros de la inteligencia, la infinidad de elevados pensamientos que levantan el alma á una esfera superior, habrían sido perdidos, si las sociedades hubieran permanecido en el estado natural, que es sin embargo, el más opuesto á la naturaleza del hombre. Entre el salvaje, ó sea el hombre de la naturaleza, y los irracionales, ¿cómo podría apreciarse la diferencia? Preguntad al hombre de las selvas acerca de sus aspiraciones, y descubriréis, que es una especie de pólipo, esto es, un simple tubo digestivo, y sin embargo, ese mismo hombre, es tá dotado de una sensibilidad exquisita: para él, el mundo de la naturaleza y el de las ideas, se hallan abiertos en todos sentidos; y la educación haría despertar y servir en beneficio de sí mismo y de la humanidad, todas las fuerzas latentes que encierra su organismo, y col. las cuales lo ha dotado la Providencia.

Sin la educación de la especie humana, el mundo habría permanecido estacionario, porque las ideas se enlazan y producen otras ideas; y multiplicándose su producción hasta lo infinito, es imposible prever el límite del progreso.

Cada sér, cada individuo, en el mundo físico como en el moral, forma parte de un organismo superior, del que es uno de los componentes, y fuera del cual no puede concebirse su existencia. Llenando las funciones que le corresponden, se eleva al más alto grado de perfección de que es susceptible su naturaleza; y desgraciado de aquel que aislándose, rehusa contribuir con su contingente al cumplimiento de su misión. Y componiéndose la sociedad de todas las creaciones individuales ó colectivas que en último término se dirigen á elevar la humanidad, aunque á primera vista parezca su objeto con tendencias más circunscritas, la vida social tiene que ser la síntesis de todas las individualidades; y por lo tanto, el perfeccionamiento de la sociedad, depende de la educación del individuo.

El hombre, por buena que sea su organización física, no es el hombre verdadero: no es un término, sino un medio, y distinto de los irracionales, lejos de ser el fin, es apenas el principio. El hombre completo es el hombre intelectual y moral, ó sea, el hombre espiritual. Pero como es imposible permanecer estacionario, y en el camino del progreso el que no avanza retrocede, el hombre, que debiera crecer en perfec

ción por el ejercicio constante de las facultades de su naturaleza, luchando contra las malas inclinaciones de una voluntad descarriada, degenera y descendiendo más y más, si descuida los dones de la Providencia, y se abandona á los bajos instintos de su naturaleza animal.

Preservarlo de semejante caída sosteniendo al que resbala, señalando su camino al extraviado, facilitando al desvalido la difícil senda que tiene que recorrer y derramando por todas partes la luz que ilumina y no el fuego que consume, es la santa misión de los gobiernos: sagrada misión, que de rebaños de hombres, forma pueblos dignos, solicitos sostenedores de sus derechos, pero sumisos á la vez á sus deberes.

Pero la educación no puede concebirse sin planteles de enseñanza, ni sería dable dejar á la voluntad de los pueblos el solicitarla. De aquí es que algunas naciones han establecido en sus Códigos la enseñanza obligatoria ó forzosa, á pesar de la alharaca y descompasada grito de algunos falsos apóstoles de la libertad. Oigamos lo que á este respecto dijo un eminente escritor, Mr. E. Logouvé, de la Academia francesa, en un discurso pronunciado en el Liceo Fontanes, el 1^o de Febrero de 1877. "Muchos espíritus sórios se rebelan á la palabra de instrucción obligatoria. Sostienen que la sociedad atenta por ello al poder paterno. ¿No atenta contra él mucho más, y con el consentimiento de todos, por el servicio obligatorio? ¡Qué! La sociedad tiene el derecho de tomarme mi hijo para enviarlo á la boca de un cañón, y no puede enviarlo a la escuela! se le puede hacer matar, pero no se puede hacerlo instruir! Esto es absurdo. ¿Diráse que la instrucción obligatoria viola el derecho del hombre sobre sí mismo? La respuesta es muy sencilla. Cuando alguno es poseedor de un bien que puede dañar á los demás, se les deposee de él en interés de todos. Pido, pues, se expropie al pueblo de su ignorancia por causa de utilidad pública."

¿Qué puede contestarse á este razonamiento? Que la ignorancia es un mal, no necesita demostrarse: es un cáncer que es preciso extirpar para el bien del cuerpo social; y así como en casos graves, el cirujano tiene que operar á un individuo para salvarlo, aun en contra de la voluntad del paciente, igual procedimiento debe emplearse con los pueblos para sacarlos de su abyección y miseria, afinando sus facultades por medio de la educación y haciéndoles concebir aspiraciones al mundo de las ideas, con cuya posesión gozarán de fruiciones inefables, que en su ignorancia, están muy lejos de sospechar.

Para el sér que piensa y medita, la soledad no existe. Vive al parecer en el aislamiento, cuando en realidad su exis

tencia se desliza en una esfera superior, rodeado de imágenes severas ó risueñas, según el giro de sus pensamientos. Sus ideas cambian de forma y de colorido, si así puede decirse, con la simple contemplación de las maravillas desplegadas ante su vista por la fecunda naturaleza; y en su anhelo por investigar y descubrir la causa de tantos efectos que le sorprenden y anonadan, su alma se eleva insensiblemente hacia su origen: humíllase ante la Omnipotencia divina y reconoce su pequeñez ante la mano invisible que rige el Universo.

Pero antes de concluir, hagamos una distinción: no confundamos la educación con la instrucción: pues la primera se dirige al corazón, y la segunda al entendimiento. En aquél, tienen su origen los sentimientos y deseos: en éste, las ideas y pensamientos. Cultívense con esmero esas dos plantas, llamadas corazón y entendimiento, y opimos serán los frutos que cosechará la humanidad.

ESTUDIOS POLITICOS.

NOCIONES

SOBRE EL DEBER, EL DERECHO Y LA LIBERTAD.

Invirtamos el orden, y comencemos por el fin.

¿Qué es la Libertad?—En algunos países, la libertad es el derecho de hacer ó de no hacer alguna cosa, sin otra restricción que *la voluntad del que manda*. Entre nosotros, esto es, en la ilustrada Colombia, la libertad es ó debe ser el derecho de obrar ó de no obrar, *siempre que sea sin perjuicio de tercero*; y esta es la libertad que garantizan á los asociados, las instituciones de los pueblos cultos.

¿Qué es el Derecho?—Ciertas exenciones, privilegios ó franquicias, que las constituciones y leyes otorgan á los ciudadanos, en cambio de los deberes que les imponen.

¿Qué es el Deber?—El sentimiento íntimo de lo que es justo y conveniente hacer ó no hacer, y aquello á que estamos obligados por la ley, el respeto, la gratitud y otros motivos.

De estas definiciones se deduce lógicamente, que el cumplimiento del deber, en principio al menos, trae indefectiblemente consigo, el reconocimiento del derecho y por consiguiente, la libertad de ejercerlo, dentro de los límites prescritos.

Ilustraremos mejor esta tésis con un ejemplo.

Un puñado ó grupo de individuos, diciéndose representantes de la voluntad de un pueblo, se insurrecciona en una ciudad cualquiera y se pronuncia contra el Gobierno legítimamente establecido alegando ineptitud en el mandatario, malversación en los fondos públicos, etc, etc.

Preguntamos, ¿ese grupo de individuos ha hecho uso del derecho de libertad?

Si la libertad es un derecho limitado por el de otra persona ó entidad, en el ejemplo propuesto ha traspasado el límite, y deja de ser libertad; es licencia. Porque si el dere-

cho de insurrección se admite en los pueblos, es seguramente en casos excepcionales y justificables. Así es que el pueblo puede y *debe* insurreccionarse contra la dictadura y la tiranía, como sucedió entre nosotros con el Gobierno intruso de Melo, en el Ecuador, varias veces, con el de García Moreno, y con el de los Gutiérrez en el Perú. Estos son hechos de muy reciente fecha.

Pero la ineptitud en un mandatario, alegada sin probar sus desaciertos;—el grave cargo de malversación de los fondos públicos, sin acompañar los documentos justificativos, etc., no son motivos que pueden autorizar la insurrección; y teniendo en cuenta, que la opinión de un grupo de individuos, no debe considerarse como la del País, resulta, en el ejemplo de que nos ocupamos, que ese pronunciamiento fué simplemente una rebelión, y que el Gobierno ha debido reducir por la fuerza á la obediencia, á sus autores.—(Véanse los artículos 132, 133 y 134 del Código Penal)

Para la censura de los Gobiernos en los pueblos libres ántes que el derecho de insurrección, están los de *representación*, y de la *libre expresión del pensamiento escrita ó hablada*. Si estos medios fallan, entónces sí puede y debe el pueblo, reclamar por la fuerza, lo que, pedido con justicia, se le niega.

Pero se dirá: “El pronunciamiento de un grupo de individuos contra un Gobierno, ha sido el ejercicio de un derecho, derecho de libertad de reunión sin armas.” Pero si éstas estaban ocultas, si para sostener sus pretensiones tienen que sacarlas y hacer uso de ellas, ó si para obtenerlas, han tenido que apoderarse con violencia de un cuartel de propiedad de la Nación á que el País pertenece, ese derecho, decimos nosotros, hiere los derechos de muchos: 1.º los del pueblo, falsamente representado; 2.º los derechos del *soberano*, tomándose un cuartel nacional y armas nacionales para servir á sus propósitos; 3.º los del Gobierno del Estado en donde ha tenido lugar el pronunciamiento; 4.º los intereses de personas ó entidades extranjeras, vinculados en la zona ocupada por los pronunciados; 5.º el porvenir de la Nación, cuyo descrédito y ruina son inevitables con semejantes escándalos; y por último, hiere también los derechos del mandatario, á cuya personalidad se le hacen graves cargos sobre su delicadeza y honradez.

Ahora bien, libertad que hiere tantos derechos, no es libertad, es licencia; y como no hay *derecho de licencia*, los ciudadanos del grupo, según el ejemplo, no han hecho uso del que consagran nuestras leyes y constituciones.

Siguiendo el ejemplo propuesto, ¿han cumplido un deber los ciudadanos insurreccionados?

Si han carecido del derecho, como está demostrado, por el mismo motivo han dejado de llenar su deber.

Respetar á las autoridades constituidas, acatar las leyes, propender al bien de la Patria, posponer sus mezquinos personales intereses á los del País, dar pruebas de moralidad, respetando y haciendo respetar las propiedades agenas, la tranquilidad y la vida de los asociados, etc., son algunos de los deberes de los ciudadanos. ¿Podrá decirse con justicia, que han dejado de violarse algunos, si no todos los enunciados, en el ejemplo con que ilustramos nuestro propósito?

En resumen, estrecha como es la relación que existe entre el deber, el derecho y la libertad, para hacer legítimo uso de ésta, cumpliendo el primero, y reclamar los privilegios que emanan del segundo, debemos inspirarnos en el más puro patriotismo, esto es, en la abnegación, ó sea en el sacrificio espontáneo de nuestros pequeños intereses del momento, en bien de intereses generales de importancia suma.

¿Qué valen las satisfacciones del amor propio y los halagos de la fortuna, si damos margen para merecer la maldición y el vituperio de las generaciones venideras?

Felices los que inspirándose siempre en el bien, dejan al desaparecer de la escena del mundo, un nombre que reclame con justicia, el respeto y el cariño de sus compatriotas.

Se dirá por algunos con burlona sonrisa, que esto es predicar en desierto, y por el momento estamos de ello convencidos, pero los que todavía no hemos perdido por completo la fé en el mejoramiento lento, pero seguro, de la humanidad, tomamos por norma de nuestra conducta, el ejemplo que nos dá la gota de agua que orada el mármol á fuerza de constancia.

Cuando la intención es buena, no hay por qué desmayar si de pronto no se obtienen felices resultados, debiendo considerarnos como los obreros *del porvenir*.

LA POLITICA

EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

Todos los pueblos hispano-americanos adolecen de los mismos defectos, sea cual fuere su grado de civilización.

He aquí un trocito de la *Tribuna* de Buenos Aires, que puede también aplicarse á Colombia, lo mismo que á los demás pueblos de origen español. Copiamos al pié de la letra.

“Alguien invocaba como un progreso político, el empeño que ponen nuestros caudillos en atestiguar su amor á la libertad, su respeto á la soberanía popular, su obediencia á las insinuaciones de la opinión.

“En Europa, decía, hay pretendientes francamente reaccionarios, partidos que persiguen como un ideal el absolutismo; se hacen revoluciones para subvertir radicalmente el régimen imperante, y sustituirlo por intereses, ideas y fuerzas antagónicas. Pero entre nosotros se hacen revoluciones para cambiar hombres, no el dogma político aceptado y encarnado en la conciencia pública.

“No hemos progresado, pues, en ideas ni en sentimientos morales. Hemos progresado al revés, en tartufería política, en menosprecio por los principios, en ingenio para desfigurar las manifestaciones ingenuas de la conciencia.

“Maquiavelo nos sonreiría, Franklin nos daría la espalda.

“Predicar la virtud y no practicarla, es de peor efecto, que el espectáculo del vicio triunfante.

“Hablan algunos de probidad política, exhuman otros procesos fonecidos, para desautorizar la palabra de sus adversarios, alardean los más, el desinterés y la fuerza de sus intenciones, y se les vé de manos dadas con los que han manchado sus manos en sangre, con los que han cobrado á tanto por ciento sus servicios, ó son ellos mismos aspirantes vulgares, traficantes de empleos, perseguidores de logrerías.

“Ah! el peligro de las instituciones liberales no consiste en la reacción del sistema de la fuerza, en la vuelta de los tiempos del sable y del degüello; sino en su adulteración, y por consiguiente, en su descrédito.

“Hay una escuela de declamadores entre nosotros, que se llama la más pura y la más bien inspirada de cuantas de la solución de los problemas políticos se ocupan.

“Pedídes cuenta de sus intenciones

“¿Qué quieren? La libertad en su más lata expresión, la tolerancia para todas las creencias políticas, garantías, nada más que garantías.

“¿Quién no se siente tentado á pedir su canonización?

“Pero, acercáos más. Oídes completar sus pensamientos.

“Quieren todo eso, pero prévia anulación, destierro ó muerte política de sus enemigos.

“Libertad para todos, ménos para los que no piensan con ellos; tolerancia para todos, ménos para las opiniones que lastimen las suyas.

“Libertad de sufragio; es claro, pero para los suyos.

“Eliminación de la influencia oficial; nada más justo, pero miéntas gué á los adversarios.

“Oh! puritanos de símiles, qué poco enseñáis con el ejemplo, qué mucho engañáis con la palabra” (Hasta aquí el diario bonaerense)

Todo comentario sobre ideas tan precisas parece innecesario, pues el espíritu egoísta de los políticos de profesión está trazado de mano maestra.

La libertad tomada como pretexto para la satisfacción de miras personales; el derecho con dos definiciones, una para el vencido y otra para el vencedor; el deber interpretado antojadizamente; la razón falseada; el espíritu de partido siempre predominante; el olvido de la adversidad en tiempo de bonanza; el desconocimiento de todo mérito en los adversarios; la intriga, por principio, medio y fin de todo propósito; y coronando todo esto y mucho más de esto, se cierne la ambición descarada y torpe, único móvil, término verdadero de la llamada política entre nosotros.

La política, que en realidad, es la ciencia del Gobierno, y que puede también ser considerada como un arte, según un publicista contemporáneo, cuando dicta reglas á los gobernantes, se ha convertido entre nosotros en un juego, peligroso á veces, productivo casi siempre.

Y de esta última afirmación, pueden citarse ejemplos palpitantes de verdad; pudiendo decir con mucha justicia, que la política es el arte de escalar el poder, en cuyas regiones parece encontrarse el secreto buscado hasta ahora en vano por la Alquimia.

Cometeríamos una grave falta si no confesáramos que hay algunas honrosas excepciones.

Unión, equidad, justicia, libertad, igualdad, fraternidad! palabras huéras en boca de vencidos; olvidadas siempre por los vencedores.

El Poder causa vértigos, y en más de una ocasión, a-subir un ciudadano al sillón presidencial, deja á la Democracia

cia gimiendo en las gradas del palacio, no pensando que pronto habrá de recogerla, al ser arrojado por las ventanas por un más osado caudillo. Y entónces, volverá á vestirse el ropaje popular; y entónces, será otra vez ardiente partidario de la igualdad llevada hasta el Socialismo; y entónces, volverá á ser el adulator de las masas inconscientes, á quienes tratará de ocultar su ambición, predicándoles en todos los tonos, su amor á los pueblos y su ejemplar desinterés.

Y este vaivén es lo que se llama Política en las Repúblicas hispano-americanas. Y á este repugnante comercio con la dignidad, se le bautiza con el nombre de patriotismo!

Patriotismo, significa sacrificio; *libertad* es el ejercicio de la voluntad sometida á la ley; *igualdad*, es la balanza justiciara, en cuyos platillos no debe pesar nada la espada de Breno.

Y á propósito, hé aquí una anécdota referente al príncipe Jerónimo Napoleón. Este celeberrimo personaje, hablaba un día con un testigo imparcial: "Yo quiero la libertad más completa, decía, para todo el mundo y sin restricción de ninguna clase"—"Bien, Monseñor, le contestó su interlocutor, pero ¿cómo realizar tan feliz propósito?"—"Bah! dijo el Príncipe, tendré cañones, artilleros, mecha encendida, y al primer movimiento, haré fuego sobre todo el mundo."—"Entónces, Monseñor, será la libertad con la restricción del cañon."—"Sí, nada más que eso."

Dígasenos con franqueza republicana, ¿no entenderán la libertad muchos, si no todos los hombres que suben al poder en la América Española, de la misma manera que el Príncipe Napoleón?

Quisiéramos habernos equivocado, al estampar las anteriores apreciaciones; más no es así, por desgracia.

La política es la enfermedad que corroe el cuerpo americano. Duélenos entrañablemente poner á descubierto nuestras llagas sociales; pero los males no se curan ocultándolos.

Por otra parte, nada inventamos, ni podemos complacernos en recargar de sombras el cuadro.

Americanos de corazón, y por lo tanto, tenaces defensores en la esfera de nuestras escasas fuerzas de las bases fundamentales de la República, deseamos ver extirpado el cáncer que nos devora. Y, ya que no es fácil obtener pronto el remedio, quizás, á fuerza de señalar los progresos del mal, se obtenga á la larga, una reacción salvadora.

LOS PARTIDOS EN AMÉRICA.

Acaba de decir Victor Hugo: "Yo no soy francés, no soy europeo, yo pertenezco á la humanidad." Hé aquí el bien, hé aquí el desinterés, hé aquí el sacrificio! Es decir, que para Victor Hugo, no hay fronteras materiales, así como tampoco líneas divisorias imaginarias en la propia Patria.

Hé aquí nuestro ideal, salvo el caso que en defensa de la justicia y el derecho, atacados por los que no piensen del mismo modo, sea necesario ofrendar en aras de la Patria, cuanto somos y valemos.

El hombre vive, es cierto, de la lucha; la oposición es necesaria como un freno para todo abuso; pero sea por los defectos propios de nuestro organismo moral, ó por otras causas, llegamos poco á poco á la exageración. Combatirla es nuestro anhelo.

Las agrupaciones políticas nos parecen, no solo necesarias, sino también inevitables, como acaba de decirlo con todo el lujo de su brillante palabra, uno de los más distinguidos hijos del Istmo, señor don José de Obaldía, pues toda empresa grandiosa, necesita del concurso de varios de los asociados, para poderla llevar á efecto con ventaja. Pero, díganos por el momento, si todas las sociedades no se desequilibran, al dividirse y subdividirse como lo está hoy la nuestra.

¿Qué saben acerca de república, deberes, derechos, libertad, licencia, etc., las nueve décimas partes de nuestras poblaciones?

La licencia es lo único que comprenden, porque es su elemento.

Luego los partidos políticos, entre nosotros, son agrupaciones necesarias para los caudillos que los dirigen como instrumento de sus ambiciones.

Si se nos dijera: Aquí no se trata de hombres, sino de principios; lo que va á debatirse, no es, que suba al poder, Fulano, porque en él cifra sus esperanzas una fracción, ó Mengano, porque es el destinado á satisfacer las de la otra;— lo que vá á buscarse en las luchas del pensamiento, es la solución inercueta de varios ó de todos los problemas sociales; entonces, ¿quién podría maldecir una oposición que nos traería la luz por el choque de las ideas?

Por esto hemos condenado en otro artículo la existencia de los partidos, lo que en lo absoluto, sería ilógico; pero, para evitar malas interpretaciones, hemos debido agregar, “si por partido se entiende el personalismo.”

Quisiéramos alejar de la mente de los pueblos la idea de los hombres necesarios; descartáramos que se discutiera primero, sobre todas las reformas útiles en todo sentido, sobre la conveniencia de su aplicación, teniendo en cuenta el estado de nuestras sociedades; y entónces, por acuerdo mútuo, designar al que se crea más apto entre todos los ciudadanos, nó para subir á un trono, sino para vestirse de cilicios en bien de los pueblos; que así debería entenderse el ejercicio de la primera Magistratura.

Siguiendo nuestro razonamiento, la oposición, no desaparecería; pues, en el debate, siempre hay un vencido y un vencedor; pero ya habría variado de carácter, desde que no habría porqué apelar á las armas, para dirimir, lo que jamás se dirime por la violencia: esto es, la diferencia de opiniones. Estas subsisten sobre las ruinas que hacemos para combatir las; pueden decirse que renacen de ellas. Perdemos inútilmente, por combatir las, el vigor y la vida; se hiere ó se mata, ó se sepulta en inmundos calabozos ó se condena al ostracismo; y ¿qué importa? ¿quién es el que vence? Siempre y por siempre es el pensamiento; siempre es lo inmortal.

¿Qué queda de Atila? Una frase que se pone en práctica en todas nuestras contiendas civiles. Por donde pasa el cañón fratricida no queda ni la yerba!

Y, ¿qué queda, por no remontarnos demasiado, de Gutenberg, Franklin, Morse, etc? Pues queda lo que no muere, porque es el pensamiento aplicado al bien de la humanidad. Gloria á los héroes del pensamiento; baldón para los que, empapados en las lágrimas y la sangre de sus conciudadanos, chorreándolas por todos los poros, predicán á los pueblos, libertad mentida, derechos falsados, deberes que no dan el ejemplo de cumplir!

Un motivo especial nos hace publicar estas líneas, que desarrollan un pensamiento que hemos emitido antes.

Queremos la reforma de los hombres, por los principios; queremos la paz, y con ella, como consecuencia inevitable, la felicidad de nuestra Patria.

¡Qué somos, qué valemos? Nada; pero como soldados de la República universal, todos debemos cumplir con nuestro deber, según lo permitan nuestras fuerzas. Se combate sin esperanza, pero queda en el corazón el sentimiento del deber cumplido. Del esfuerzo individual reunido, resulta la victoria; y si se sucumbe en la lucha, la humanidad, si no reconoce por lo ménos, reporta el beneficio. Y esto basta.

UTOPIAS.

UN TERCER PARTIDO.

Uno de nuestros pocos grandes ciudadanos, grande por la cabeza como por el corazón, sintetizó en pocas palabras un programa político, admirable de sensatez y de libertad, basado en el orden. Hélo aquí:

“ 1.º Sosiego interior basado en la rígida observancia de las leyes, en el respeto escrupuloso de la propiedad, y en el castigo pronto é inexorable de los delinquentes;

2º Paz con nuestros vecinos, fundada en la justicia de nuestros procedimientos, y en el respeto perfecto de nuestra propiedad, á exigir el cual, tienen tanto derecho las naciones como los individuos.

3º Exclusión de las personas de malas costumbres de todos los puestos públicos, sea cual fuere el color político á que pertenezcan, y llamamiento á los mismos puestos, de los hombres de bien de todos los partidos que tengan aptitudes para desempeñarlos.”

¿ Tendrán algo que tachar á este programa los hombres de orden de la escuela liberal ?

¿ Qué cosa deja de consultar, en términos generales, para el bien de la República ? ¿ Hay ó puede haber algo más liberal en la esfera del orden ?

Y sin embargo, fué un conservador, el segundo mártir de Berruecos, quien encontró en su grande alma la inspiración suficiente para formarlo. Fué Julio Arboleda, espíritu entusiasta y apasionado por todo lo bello, por todo lo bueno, por todo lo grande, quien abrigaba tan elevado pensamiento.

Y todavía habrá quien llame retrógrado á Arboleda ! Todavía habrá quien procure tildar su memoria, atribuyéndole miras estrechas ó egoístas, como lo son todas las que tienen por barreras el horizonte de un partido !

La salvación de los principios republicanos, el engrandecimiento de su Patria, fueron su constante anhelo; y si fué considerado como el Jefe de un partido que ha sido pintado con colores apasionados por encarnizados enemigos, su alma

grande no podía tener otra aspiración sino la libertad; pero la libertad en su verdadera significación, que dista mucho de ser el libertinaje.

Formar un tercer partido compuesto de todos los hombres de bien, con exclusión solamente de los ineptos y corrompidos, era sin duda, su ideal: por realizarlo, comprometió su tranquilidad y su fortuna, y perdió su vida á manos de asesinos, no léjos del sitio en donde del mismo modo fué victimado el Ilustre Gran Mariscal de Ayacucho.

Dos hombres grandes, pagaron con su sangre en la tristemente célebre montaña de Borruecos, su amor á la Patria, que hizo de ellos héroes y mártires.

Caín ha tenido imitadores en nuestra tierra: el odio engendrado por la ambición y la envidia, ha armado en más de una vez el brazo fratricida; y entonando himnos á la licencia, se han hecho desaparecer de la escena del mundo, á los que con la pluma ó con la espada, han querido contener los avances de la demagogía.....

La fiel aunque triste historia de la humanidad nos enseña, que desde Jesús hasta nuestros días, todo redentor ha tenido siempre su Calvario.

.....
Los partidos! Hé aquí la manzana de discordia de todos los pueblos; la rémora de todo progreso; el obstáculo para todo desarrollo.

Si se depusieran un tanto las miserables aspiraciones de cada uno, y nuestras miradas se extendieran hácia el porvenir de la Patria, ¿ cómo dudar de la reconciliación de todos los hombres de buena voluntad cobijados por una misma bandera?

Quando se examina detenidamente el programa de cada partido, se descubre sin trabajo, que son muchas las semejanzas, y muy pocos ó ningunos los puntos en que no pudieran ponerse de acuerdo; pues la idea liberal subsiste, manifiesta en unos y latente en otros, como que es la base de la civilización y del progreso. Las divergencias son esencialmente sobre asuntos de administración, que un acuerdo mútuo podría arreglar de una manera satisfactoria.

Pero ay! no son los principios los que nos dividen: es otro el cáncer que nos devora y aniquila; es el amor propio con sus exageraciones; es la ambición con su cortejo de errores, los que hacen de pueblos pequeños como los nuestros, que podríamos llamar una familia, semilleros de enemigos, unos en frente de otros, prodispuestos á luchas terribles que nos empobrecen, desacreditan, y nos dejan hasta sin esperanza.

.....
"Utopía, utopía! me grita al oído la experiencia," es toda inclinación al bien en sociedades desequilibradas como la

nuestra. La presente generación es de prueba, y por lo tanto, de lucha;” pero esas luchas, decimos nosotros, deberían limitarse al campo de las ideas para vencer en buena lid el egoísmo, la inmoralidad y la ignorancia; pues esas luchas deberían tener por objeto, la exclusión de todo lo malo así en los hombres como en los principios, y la exaltación de todo lo que sea representativo de cordura, inteligencia y honradez.

Esto no es ni puede ser cuestión de partido, sino de patriotismo, y todos los hombres de bien, llámense como se quiera, tienen ó deben tener interés en extirpar el mal que mina y corroe nuestras trabajadas aunque incipientes sociedades.

Pero, ¿sería verdaderamente utópico el pensamiento que hemos tratado de explanar?

Si nuestra aspiración por el bien general es una quimera;—si las luchas, no por los principios, sino, digámoslo claro, por las piltrafas del presupuesto, han de continuar siendo una profesión entre nosotros, cuyo buen éxito sólo se consigue en muchas ocasiones, atravesando mares de sangre, en tonces, oh! entónces, para Colombia, y especialmente para el Estado de Panamá, bajo el régimen actual, viene de molde la terrible sentencia del Dante en la puerta de su infierno:

Lasciate ogni speranza voi chi entrate.

1879—1880

Hé aquí dos fechas muy significativas: el pasado con todos sus errores, el porvenir con todas sus esperanzas. Lo pasado es una realidad; lo futuro es solamente una ilusión.

Pero de ilusiones del mañana se compone la vida de los individuos y también la de los pueblos. ¡Cuán pocas, si algunas, llegan á realizarse por completo! Y cuántas que se presentan en forma de nubes color de rosa, se deshacen en lágrimas y sangre!

El presente es nada entre esas dos fechas; es apenas el punto de transición, cifra infinitesimal, incomputable por su insignificancia. Todo se reduce á lo que fué y á lo que ha de ser.

Lo primero, al registrar algún ocioso la Historia, habrá de ser considerado como un mito, incomprensible para la expansión y desarrollo que habrán adquirido las futuras edades.

Lo segundo, se halla envuelto en las sombras del misterio. Dios solo sabe, si el año que principia, ánfora todavía cerrada, geroglífico aún indescifrable, ha de ser una nueva caja de Pandora, semejante al que termina, ó si en sus inescrutables arcanos está prescrito, que el día de hoy sea el punto de partida que abra una éra de felicidad para Colombia y para el Istmo.

Hacer una reseña histórica del pasado, para deducir de él enseñanzas saludables, sería una tarea á más de ingrata, enteramente inútil. Todos, y particularmente los que en el presente año entran á regir los destinos de Colombia y del Istmo, conocen perfectamente la triste historia de nuestros escándalos. Públicos son los males que nos aquejan; y concretándonos á nuestro Estado, un cambio radical es indispensable en las teorías rutinarias que han servido de norma á los últimos gobernantes.

Doloroso es decirlo; pero nunca como ahora, se han dado entre nosotros tantos ejemplos de falta de moralidad política. Hemos navegado al garete por un mar que parecía interminable; y para no hacer recriminaciones que no tendrán objeto, atribuyamos los desaciertos cometidos, más que á la voluntad, á la falta de energía para reprimir en tiempo,

abusos que han tomado después proporciones colosales, lo que hace por lo tanto, más difícil la tarea del nuevo mandatario. Y si esa debilidad pudiera atribuirse al temor de perder el sillón presidencial, obligado á ello por su falta de aquiescencia á las pretensiones de sus amigos, no vacilaríamos en llamar criminal la conducta del Gobernante que no prefiera descender del puesto con dignidad, á prestarse á intrigas y maquinaciones que la moral reprueba, que el sentido común rechaza, como deberían rechazarlas también el propio decoro y el amor á la Patria.

El Gobernante debe buscar sus inspiraciones en la opinión sensata del pueblo ; debe ser sordo á la amistad interesada que lo rodea, y que, como ha sucedido muy recientemente, lo hace descender de él por la traición, aliada inseparable de sentimientos ruines.

El año que acaba de pasar ha sido fecundo en sucesos desgraciados ; y los dramas que se han representado al aire libre, no han sido quizás tan interesantes como los que han tenido lugar entre bastidores. El estudio de las causas que los han producido, merece preferente atención del nuevo Magistrado, y ha de servirle para evitar los arrecifes en que otros han encallado. Que no olvide que algunos de esos dramas han terminado en tragedias ; y que la conciencia pública castiga con su censura al mandatario, no solo por los actos ilegales que cometa ó permita cometer, sino por la omisión de aquellos que están en la órbita de sus facultades, y que, empleados en tiempo, evitan males, que después, sería imposible remediar.

Pero si el año que termina nos lega enseñanzas útiles si se quieren aprovechar, el que comienza nos trae muy lisonjeras esperanzas. La vonida de Mr. de Lesseps al Istmo, es del más feliz augurio para la realización de la más importante obra del presente siglo. Contamos con ella como que ha de ser la regeneradora de nuestra sociedad, que corre desalada á su más completa descomposición moral. El *trabajo*, hará entrever á tantos que tienen hoy por toda ocupación la *política* que no entienden, un porvenir dichoso, á la vez que para el país, para sí y para sus familias ; y comprendiendo entonces que no es el presupuesto del Estado el que puede asegurar la independencia y con ella la felicidad, dejarán el campo libre á los que, gracias á su inteligencia é ilustración, puedan poner en práctica la ciencia del gobierno. El artesano no abandonará entonces su taller para ocuparse en intrigas políticas en las cuales sale siempre perdiendo, ni pretenderá destinos públicos ni grados militares que no ha podido merecer, y que si alcanza alguna vez, sólo le sirven para poner de manifiesto su incompetencia, exponiéndolo á merecidas burlas.

Y este resultado será inevitable, si nó por el convencimiento propio, porque así lo exigirá la fuerza ineludible de los acontecimientos.

Pero antes de concluir, recordémoslo al Ciudadano que se encarga hoy del Poder, que si sus predecesores-terminaron, el uno en el ridículo, y el otro, en un desprestigio y desconcierto absolutos, ha sido, porque como Vitelio, "tomaron el gobierno por un banquete, y sus convidados les obligaron á acabar el festín en las Gemonías."

Señalado el mal, es fácil el remedio ; tomar el Gobierno no como un festín, sino como una Cruz de redención, que es preciso llevar á costas por el bien de la Patria, aunque se tenga en perspectiva la ingratitude por recompensa ; y una acertada elección de los convidados á colaborar en la obra que debe iniciarse bajo la égida de la razón y de la justicia.

Si por de pronto los pueblos, por lo general, desconocen á sus bienhechores, la posteridad no los olvida, y entre tanto, quédeles como premio de sus desvelos, la satisfacción del deber cumplido.

Mas, basta por hoy. Corramos un velo al pasado, aunque sea momentáneamente, y esperemos confiados, en un mejor porvenir.

Que Dios inspire al nuevo mandatario, para que siga imperturbable por la senda del bien, y dé cordura á los gobernados para que, lejos de estorbar, faciliten sus árduas tareas.

RESURRECCIÓN

DE LA ANTIGUA COLOMBIA.

Las maravillas que realiza la asociación de los hombres y de las ideas, dan la medida de lo que pudiera hacerse con la unión de los pueblos ; sobre todo, de aquellos de la misma procedencia, y por lo tanto, de igual ó idéntico carácter.

A la vez que creceríamos en importancia ante el resto del mundo, el campo sería más vasto para implantar reformas saludables en bien de los pueblos.

De las tres secciones en que fué dividida Colombia, es innegable, y no se crea que nos ciega el amor patrio, que la Colombia de hoy, ó sea Nueva Granada, es la que más conquistas ha hecho en el campo de las ideas, le sigue Venezuela, y después el Ecuador. Si este bello país ocupa el último lugar en la escala del progreso social, débese, no al pueblo dócil y generoso, sino á algunos de sus mandatarios, que han abusado de esas cualidades, manteniéndolo bajo un yugo de hierro, matando en germen sus nobles aspiraciones, condenando al ostracismo á la virtud y al talento.

Venezuela como Colombia, ha sido víctima de frecuentes revoluciones, dando por resultado en ese país, á la entronización del militarismo ; pero su constitución es liberal, su pueblo arrojado y valiente, y sus hombres públicos, en su mayor parte, notabilísimos bajo todos conceptos.

Delineadas á grandes rasgos las especialidades distintas de los tres pueblos, se presenta la duda sobre si esas diferencias desaparecerían al fundirse en uno solo, sin experimentar sacudidas tremendas, cataclismos espantosos, cuyos resultados son difíciles de preveer.

Por lo mismo que deseamos el restablecimiento de la antigua Colombia, dudamos de su realización. No somos pesimistas, pero el estudio del corazón humano nos enseña, que hay ambiciones superiores en fuerza á todo estímulo generoso y noble,

Quisiéramos creer en la abnegación de los mandatarios de estos pueblos, para que en un momento dado se despojara del Poder, y coadyuvaran á la elección del primer Presidente de la Gran Colombia; pero á pesar nuestro, lo dudamos. La fé no se conquista, ha de bajar del Cielo en alas de fuego á nuestra alma, de una manera espontánea; y lo repetimos, dudamos, dudamos del corazón humano.

Este será el primer escollo, quizás el principal, aunque sin esfuerzo se comprenden todos los demás, como la elección de Capital, nombramiento de empleados superiores, representantes en el extranjero, etc.

Por supuesto, que habiendo voluntad, todas esas dificultades podrían arreglarse. Panamá, sería la llamada por su situación geográfica, á ser la Capital de la Gran República; y de las tres secciones, podrían tomarse, por partes iguales, los individuos más aptos para los puestos públicos.

Pero hay otra dificultad de más importancia, y es, la diferencia existente entre las tres Constituciones; ó mejor dicho, entre la del Ecuador y las de Venezuela y Colombia, y es tal esa diferencia, que toca con asuntos de vital importancia para los pueblos, cuyas ideas sobre ciertas materias, para ser reformadas exigirían tiempo y sacrificios. Por ejemplo, la cuestión religiosa, desligada completamente del gobierno entre nosotros, forma en el Ecuador la base de su estructura. Sacudir esa base, es querer dar al traste con añejas preocupaciones, y para conseguirlo, sería preciso derribar el edificio, para reconstruirlo de acuerdo con las nuevas ideas; pues no debemos echar en olvido lo que á nosotros nos ha costado implantarlas en nuestro suelo; y á ese respecto, el pueblo ecuatoriano se halla en el mismo predicamento en que estaba el nuestro, hace ya más de un cuarto de siglo.

A pesar de todo, nuestro deseo nos hacer vislumbrar la esperanza de que, algún día, pueda convertirse en realidad tan hermoso sueño. Aquellas cosas que más se desean, son de las que más se duda, cuando la experiencia nos tiene ya aleccionados con sus engaños.

Pero si Nueva Granada, Venezuela y Ecuador se unen algún día para formar la Gran Colombia, es claro que no podrá realizarse sino bajo la forma federal. El centralismo es imposible en pueblos tan extensos en territorios, y sin vías adecuadas de comunicación.

Dios quiera inspirar á los hombres en cuya mano está la realización de un ideal tan bello.

No aceptamos en lo absoluto la célebre frase de un representante al Congreso de nuestra Patria: "Cuando el Libertador tocó fagina, Venezuela se retiró á un Cuartel, el Ecuador á un Convento, y Nueva Granada á un Colegio," pues no de-

ben establecerse términos generales, por más pronunciadas que sean las tendencias de cada uno de esos pueblos. Además, ¿cuál de ellos no participa más ó menos, del cuartel, del colegio y del convento?

Y hoy más que nunca se necesita la resurrección de Colombia.—Hay que contener avances criminales; reducir á sus límites á pueblos tumultuosos, y presentar un dique poderoso al oleaje de la conquista.

Que venga, pues, Colombia con su pendón glorioso, á decir al Norte: “Sacudimos el yugo español, y jamás volveremos á ser súbditos de ningún déspota, bien sea que lleve en sus manos un cetro y en su frente una corona, ó que mienta libertad con el gorro frigio por emblema;” y al Sur: “Basta de sangre y de exterminio. Si la razón natural degenera bajo esas latitudes; si el derecho es mal interpretado al resplandor de esas constelaciones; si se olvidan los vínculos de la sangre y de los sacrificios; si en fin, hay en América un Caín, Colombia, lo repetimos, es la llamada á decirle: “Pueblo de insensatos! ¿A dónde váis? ¿Queréis oro mezclado con sangre de hermanos? Pues sabed que ese oro se convierte en escoria. ¿No retrocedéis? Pues sabed también que hay quien os contenga.

¿Amenazáis con vuestros barquichuelos? Infelices! ¡Estáis ciegos, como primer síntoma de demencia.

“La Colombia magna os cobijó con sus alas; se adormeció después bajo sus laureles, y al despertar, os castiga.”

Esto dirá Colombia, es decir, el Coloso, que llevando en una mano la antorcha de la Libertad, y en la otra, la balanza de la Justicia, ni á los unos cederá por el temor, ni á los otros por la complacencia.

Libertad y Orden, Derecho y Justicia, Deber y Sacrificio; esto es, ó debe ser, el lema de Colombia.